

Bajo un cielo abierto

Boletín del Observatorio del fenómeno
del sinhogarismo en Pamplona

nº4 2020



Ayuntamiento de
Pamplona

Iruñeko
Udala



FUNDACIÓN
Xilema

INTRODUCCIÓN

La juventud es un bien social de primer orden. Esta afirmación no se agota en el hecho de que habitemos en sociedades que, como en ningún otro momento de la historia, defiendan, protejan a la infancia en particular y a la persona en general. Los jóvenes son aquellos que ya no son niños/as, pero que tampoco han adquirido el estatus de adultos de pleno derecho. Históricamente, la juventud se ha comprendido como una etapa vital de tránsito y posiblemente, gran parte de las consecuencias negativas que experimenta este colectivo, estén vinculadas con dicho papel histórico. Ahora bien, en las últimas décadas la juventud ha creado un espacio identitario propio y como consecuencia de ello, ha comenzado a reclamar una serie de derechos y reconocimientos para poder articularlo materialmente. Esto es un hecho social avalado por multitud de investigaciones y por la creación de una gran cantidad de instituciones y de ayudas orientadas a este colectivo.

Por tanto, la juventud se desarrolla entre estas dos orillas; la de ser una categoría en el ciclo vital de las personas relativamente nueva pero que, en muy poco tiempo ha conseguido crear un discurso propio, directamente vinculado a las especificidades, fortalezas y debilidades de las personas que forman parte de ella. Esta circunstancia debe poner en alerta a administraciones y autoridades ya que, si no se actúa de acuerdo con esta realidad, los de-

rechos de estas personas jóvenes pueden ser lesionados. Lo terrible de una situación como la que acabamos de definir en la frase anterior está vinculada al hecho de que, si no se protege a este colectivo como tal, sus miembros sufrirán las consecuencias de esa ausencia de protección por el propio hecho de serlo. Esta es una circunstancia que ya hemos analizado tanto en el caso de las personas sin hogar en general, como en aquellas que padecen una enfermedad mental o que son mujeres.

La propuesta que hacemos para este cuarto boletín del Observatorio del Fenómeno del *Sinhogarismo* en Pamplona es reflexionar en torno a las PSH* jóvenes. Esto es, queremos analizar cuál es el impacto que tiene la juventud sobre este fenómeno y descubrir si presenta casuísticas y necesidades específicas que requieran intervenciones especializadas y ajustadas a sus situaciones vitales como PSH.

Para profundizar en el análisis de este colectivo proponemos una estructura metodológica similar a la de los últimos años, articulada a través de tres apartados. Antes de entrar a analizar cada uno de ellos, debemos dejar constancia una vez más de las dificultades que hemos tenido para acceder a datos fiables y a bibliografía sobre el fenómeno, lo que es un signo más de la invisibilidad del colectivo que estamos abordando.

Análisis internacional. En este nivel proponemos un estudio comparativo entre diferentes investigaciones realizadas a nivel europeo sobre el tema que estamos analizando. La ausencia de datos cuantitativos y la gran cantidad de investigaciones sobre el tema financiadas y llevadas a cabo a nivel europeo, nos hacen pensar que esta es la forma más apropiada de acercarnos a la realidad de este colectivo.

Análisis nacional. Este es el nivel en el que llevamos a cabo un análisis de tipo más cuantitativo y clásico. Para ello bebemos de las fuentes que nos proporciona el INE* en su "Encuesta sobre Personas Sin Hogar" (utilizando los datos tanto de 2005 como del año 2012). La labor que proponemos es doble: en primer lugar, comparativa entre ambas proyecciones y en segundo lugar, descriptiva, presentando el perfil de joven sin hogar con los datos más actuales, es decir, los del año 2012.

Análisis local. En este nivel realizamos un análisis de tipo cuantitativo y cualitativo de todos aquellos jóvenes que han sido atendidos a lo largo del 2017 en el Servicio Municipal de Atención a Personas sin Hogar de Pamplona. La labor que proponemos es ver si existen diferencias y similitudes significativas entre estos jóvenes que nos permitan hablar de perfiles diferenciados.

No queremos terminar esta introducción sin agradecer a las personas, colectivos e instituciones que han hecho posible la realización de este cuarto boletín: al Área de Servicios Sociales, Acción Comunitaria y Deporte del Ayuntamiento de Pamplona, de la que depende administrativamente el Servicio Municipal de Atención a Personas sin Hogar de Pamplona (SMA PSH) y que nos ha facilitado el acceso a los datos; a Fundación Xilema, como gestora del servicio y en especial a su directora general, Idoia Urzainqui; al coordinador del servicio, Rubén Unanua y a los y las profesionales del SMA PSH, Javier Huárriz, Laura Vélez y Maika Platero; al alumno en prácticas del grado en Sociología de la UPNA en Fundación Xilema durante la elaboración de este boletín, Xabier Tirapu; al equipo de Conocimiento de Fundación Xilema y a FEANTSA*, que nos ha facilitado el acceso a sus bases de datos y nos ha asesorado para acercarnos a la información de los países de la Unión Europea.

* **FEANTSA.** Federación Europea de Organizaciones Nacionales que trabajan con las personas sin hogar

* **INE.** Instituto Nacional de Estadística

* **PSH.** Personas sin hogar

Desde los años noventa del siglo pasado numerosos son los estudios que han analizado a nivel internacional la relación entre *sinhogarismo* y juventud. A esta preocupación han contribuido cuestiones candentes como la sensibilidad y protección hacia la infancia y la adolescencia, pero explicar esta tendencia a partir de este único factor se revela del todo insuficiente para comprenderla. Si los analistas de lo social se han preocupado por las personas JSH* es porque han observado que esta cohorte de edad presenta rasgos o características propias que le diferencian con respecto de la media como de otras cohortes de PSH, ya sea en términos de edad, de género -tal y como analizábamos el año pasado- u origen.

Hasta el momento hemos comentado que se han multiplicado las investigaciones que se preocupan por el fenómeno del *sinhogarismo* entre las personas adultas de menor edad, pero también hemos de apuntar que dicha proliferación no se ha producido en todos los lugares de la misma forma ni con la misma intensidad. En este sentido destacan sobremañera dos países anglosajones: Reino Unido y los Estados Unidos, por este orden. La ausencia de estudios de este tipo en la Europa continental y mediterránea es cuanto menos significativa. A pesar de que no tenemos respuesta para explicar por qué se produce este desequilibrio geográfico, consideramos que sería importante que se dedicaran esfuerzos

a analizar este supuesto. Y es que puede ser interesante de cara a la articulación de medidas concretas o intervenciones con este colectivo saber si esta menor preocupación responde a aspectos vinculados con el impacto de este fenómeno (el de los JSH) en unos y otros territorios, o a otro tipo de aspectos. En lo que respecta al factor impacto, tampoco se dispone de investigaciones que se hayan preocupado por contabilizar la población JSH, ya sea en el contexto anglosajón o en el europeo continental o mediterráneo.

Del mismo modo, la mayor parte de los trabajos que hemos analizado se centran en aportar una serie de factores vinculados o desencadenantes del *sinhogarismo* entre este colectivo. Todos ellos nos ayudan a dibujar un perfil de JSH, pero no solo eso, sino que también deben ser utilizados para que los diferentes estados y regiones puedan articular políticas públicas de carácter preventivo o de rehabilitación centradas en estos aspectos que, combinados y tal y como vamos a ver, son determinantes para que un joven se convierta en un JSH.

Nuestra tarea en las siguientes páginas va a ser presentar los factores más importantes según aparecen en las investigaciones analizadas. El criterio que hemos utilizado para valorar el grado de importancia es la presencia de los mismos en dos o más investigaciones -de hecho, ninguno de los factores ha apare-

* JSH Jóvenes sin hogar

cido exclusivamente en dos trabajos-. Hemos descartado factores a los que se hacía alusión exclusivamente en uno de los trabajos. La dinámica que vamos a seguir es presentar cada uno de estos aspectos y analizar las reveladoras cifras con las que se justifican tanto las afirmaciones como, en última instancia, la relevancia de dicho factor como representativo del fenómeno.

FACTORES

Crisis familiar

La mayoría de estudios apuntan a **la crisis familiar como uno de los factores que más favorecen la aparición del *sinhogarismo* entre las personas jóvenes** (Randall, G., Brown, S., 2001; Smith, J. et al., 1998; Mayock, P. O'Sullivan, E., Corr, M. L., 2010; Jones, S., 2016; Calder, A., 2016). Entre los datos que arrojan, nos parece interesante destacar los siguientes: **el conflicto familiar es el principal factor** presente entre los homeless menores de 18 años y está asociado en ocasiones con abusos físicos o sexuales. Se estima que el conflicto con sus familias es la causa inmediata del *sinhogarismo* de, al menos, dos tercios y, posiblemente, de más del 90% de los JSH (Randall y Brown, 2001). Hay estudios que señalan que, en dos terceras partes de los casos de *sinhogarismo* en jóvenes, se había producido previamente el final de una relación en el hogar o la aparición de una nueva pareja en el mismo (Smith et al., 1998). En el mismo sentido y con el marco de referencia de Escocia, la investigación de Calder (2016) apunta a que el 67% de los JSH hacía referencia a una crisis relacional (sin especificar si de pareja o familiar, aunque en una edad tan temprana

“ La mayoría de estudios apuntan a la crisis familiar como uno de los factores que más favorecen la aparición del *sinhogarismo* entre las personas jóvenes ”

parece lógico que dicha crisis se produzca en el contexto de la familia de origen de la persona joven) como desencadenante de su *sinhogarismo*.

Como podemos observar, la crisis en el hogar actúa en muchas ocasiones como desencadenante de *sinhogarismo* entre los jóvenes. Ahora bien, independientemente de lo rotundo de los datos aportados, debemos hacer hincapié en que **el concepto 'crisis familiar' puede englobar un gran número de casuísticas** que se pueden clasificar como más o menos graves. La crisis puede ser puntual o sostenida en el tiempo; puede ser de una mayor (caso de abusos) o menor gravedad (conflictos vinculados con la adolescencia, por ejemplo). **No cualquier crisis en el hogar tiene por qué desencadenar en una situación de *sinhogarismo*, este es un fenómeno complejo, por lo que debemos atender a una multitud de factores más que a uno exclusivamente.** El problema es que la crisis familiar suele ir acompañada de carencias en otros aspectos de la vida -tal y como veremos a continuación-. Una familia en la que se producen regularmente crisis es una familia que, posiblemente, no esté aportando los elementos de estabilidad que necesitan los miembros más débiles: los y las menores. Por lo tanto, la crisis familiar puede ser tanto un indicador a tener en cuenta -sobre todo si viene acompañado de otros-, como también un factor desencadenante de *sinhogarismo* cuando la causa es mayor (abusos) o cuando la situación se alarga en el tiempo.

Del mismo modo, una crisis familiar no tiene el mismo impacto en un adolescente o joven que en una persona adulta. Para la persona joven la familia es el núcleo de referencia -no el único, pero posiblemente el más importante- que le va a ofrecer modelos de conducta. Si ese sostén no sostiene, se producen una serie de desequilibrios en la construcción de la identidad tanto emocional como personal de los individuos que, posteriormente, son muy difíciles de re-estabilizar. Es por ello muy importante profundizar en las causas que han

provocado la crisis y en la respuesta -y en las herramientas que tiene el JSH para ofrecer respuestas- a la misma. El hecho de que en las investigaciones se señalara la crisis familiar como causa de la aparición del *sinhogarismo* con tanta frecuencia también implica que hay procesos emocionales que los sujetos todavía no han elaborado. Este es un claro indicador de algunas de las labores que se deben hacer con estas personas a la hora de intervenir con ellas: ayudar a cerrar o elaborar determinadas heridas previas a la situación de crisis o que eclosionaron como consecuencia de ella.

Abandono del hogar

A pesar de que podríamos considerar que el abandono del hogar -o el hecho de no disponer de él- no es tanto un factor como el problema en sí mismo, hemos de tener en cuenta que la mayoría de estudios consideran **el *sinhogarismo* un fenómeno mucho más complejo que el hecho de no disponer de una vivienda**. De hecho, la clave radica no tanto en esta cuestión, sino en todo lo que implica -tanto a nivel de causas como de consecuencias- este hecho en las sociedades actuales. Es por ello que hace unos años, FEANTSA decidió realizar una tipología europea de personas sin hogar (categoría ETHOS). Se establecieron cuatro categorías a partir de las cuales se desarrollaban trece tipos de PSH. Las categorías estaban ordenadas de mayor a menor gravedad, siendo la primera 'Sin techo', seguida de 'Sin vivienda', 'Vivienda insegura' y 'Vivienda inadecuada'. Si reflexionamos brevemente nos daremos cuenta de que las crisis familiares y el abandono de hogar remiten a un contexto de techo o vivienda -el abandono se situaría en un terreno fronterizo entre una y otra-, pero siguen vinculados al *sinhogarismo* a través de las categorías vivienda insegura o inadecuada. Al fin y al cabo, la inseguridad y la falta de adecuación son factores que ponen en peligro tanto la construcción como el equilibrio en la identidad de las personas.

Más allá de lo que acabamos de comentar, el

abandono del hogar es en gran parte de los casos la consecuencia del factor que hemos analizado en primer lugar (la crisis familiar). Ahora bien, no debemos confundir la innegable secuencialidad y continuidad entre estos dos factores cuando hablamos de *sinhogarismo*, con la reducción del fenómeno a ambos, ya que se producen abandonos de hogar tras una crisis familiar que no tienen por qué desembocar en *sinhogarismo*. Eso sí, como nos van a demostrar las investigaciones que vamos a presentar a continuación (Fitzpatrick, 2000; Mayock, O'Sullivan, Corr, 2010; Jones, 2016), **la concatenación de estos factores multiplica la posibilidad de terminar en un escenario de *sinhogarismo***.

En este sentido, Fitzpatrick (2000) distingue entre lo que denomina *Pull factors* (factores que acercan) y *Push factors* (factores que alejan). Algunas personas jóvenes son empujadas a abandonar el hogar de un modo abrupto, no planificado, no reflexivo, como consecuencia de haber sufrido episodios (en el corto, medio o largo plazo) de negligencia más o menos grave. Cuando esto ocurre el factor motriz es de tipo *push*, favorecedor de la aparición de la exclusión social severa y del *sinhogarismo*. Un 80% de las personas atendidas por *Centrepoin*t, una de las principales instituciones británicas que trabaja con PSH, habían abandonado su casa como consecuencia de uno o varios factores del tipo *push*.

“ Algunas personas jóvenes son empujadas a abandonar el hogar de un modo abrupto, no planificado, no reflexivo, como consecuencia de haber sufrido episodios (en el corto, medio o largo plazo) de negligencia más o menos grave ”

Del mismo modo, Jones (2016) apunta a que el abandono del hogar se produce, en muchas ocasiones, no como consecuencia de una situación de estrés familiar o de la existencia de agresiones por parte de aquellos que tienen que proporcionar la estabilidad a este colectivo, sino porque la familia no es capaz de satisfacer las necesidades de los sujetos que forman parte de ella. En este caso, hacemos referencia al hecho de que el abandono se puede producir no por la activación de un elemento *push*, sino también por la incapacidad de la familia para proveer de seguridades a sus miembros. **En muchas ocasiones, abandonar el seno familiar en estas condiciones se convierte en un terreno abonado para que la persona pueda acabar en albergues para PSH o durmiendo en la calle.** De hecho, tal y como se afirma en un estudio realizado por la *Social Exclusion Unit* (2002) de Londres, la fuga del hogar es un elemento común en personas que son JSH a largo plazo.

Abuso

Esta categoría también está directamente relacionada con lo que hemos denominado crisis familiar -como lo estaba ya el abandono-, pero la diferenciamos debido a su importancia como desencadenante del abandono del hogar. Si bien dicho abandono, tal y como lo exponíamos en el apartado anterior, es la consecuencia de la crisis familiar, el abuso es una de las principales razones, de las causas, que pueden impulsar tanto la crisis como el abandono. **Muchas de las personas JSH analizadas en los diferentes trabajos realizados presentaban altos niveles de abuso físico, emocional y/o sexual** (Gaetz, O'Grady y Vailancourt, 1999; Janus, Burgess y McCormack, 1987; Janus, Archembault, Brown y Welsh, 1995; Kufeldt y Nimmo, 1987; Whitbeck y Simons, 1993; Whitbeck y Hoyt, 1999). Otra investigación estimaba que los jóvenes que viven en la calle tienen cinco veces más probabilidad de haber sido víctimas de abusos sexuales cuando eran niños (Rotheram-Boris, Mahler, Koopman y Langabeer, 1996). Si descendemos a datos todavía más concretos

nos daremos cuenta de que, entre el 40 y el 60% de los JSH estadounidenses habían sufrido abuso físico y entre el 17 y el 35% abuso sexual (Robertson y Toro, 1998; Ryan, Kilmer, Cauce, Watanabe y Hoyt, 2000; Tyler, Hoyt, Whitbeck y Cauce, 2001).

Las cifras anteriores nos vuelven a ofrecer una medida de la multiplicidad de casuísticas asociadas al *sinhogarismo*. Volvemos a puntualizar que el hecho de haber sufrido abusos no tiene por qué condenar a una persona al *sinhogarismo*. Ahora bien, las personas que han sufrido este tipo de situaciones suelen pertenecer al mismo tiempo a familias en crisis -ya se haya manifestado o no la misma- y en las que hay ciertos mecanismos de funcionamiento normalizado, contenedores o de referencia, que están ausentes o dañados como consecuencia del maltrato -y posiblemente de otros factores que no viene al caso desarrollar en este momento-. Del mismo modo, el hecho de haber sido maltratado o abusado provoca desequilibrios psicológicos y emocionales en las personas y condiciona sus relaciones futuras, algo que puede tener incidencia a la hora de aparecer el *sinhogarismo*.

Incremento en el abuso de alcohol o drogas y problemas de salud mental

Tanto las adicciones -fundamentalmente al alcohol y a otras drogas- como los problemas de salud mental suelen estar presentes en los perfiles de las PSH que se presentan periódicamente. De hecho, en el boletín del año 2015 nos hacíamos eco de la preocupación existente por el creciente número de personas usuarias de los servicios de atención a este colectivo que presentaban esta casuística, ya sea por separado o de forma conjunta (lo que conocemos como patología dual). Pues bien, en la mayoría de las investigaciones que hemos manejado a la hora de realizar este apartado, este factor se revela residual, apareciendo solamente en dos de ellas (Mayock, O'Sullivan y Corr, 2010; Jones, 2016). De hecho, el tema de la salud mental solo aparece en el estudio

de Jones (2016). Consideramos que es importante profundizar en esta cuestión. Como carecemos de análisis al respecto nos vamos a atrever a lanzar una doble hipótesis para arrojar luz sobre este supuesto: por un lado, quizás habría que revisar si las personas JSH presentan un perfil diferente al general en lo que respecta al consumo de drogas y a la presencia de enfermedad mental. Por otro lado, podría argumentarse que, a pesar de ser un factor presente en el *sinhogarismo* entre la cohorte de edad más joven, existen otros que son más definitorios y definitivos a la hora de acercarnos a comprender el fenómeno que nos ocupa.

Haber estado previamente en el sistema de protección de la infancia

Sin duda, este es uno de los factores que más debe hacer reflexionar a los/as profesionales que trabajan tanto con infancia y adolescencia -ya sean de atención directa o desde otras instancias político-administrativas- como a los que lo hacen con PSH. **La mayoría de estudios establecían una relación directa entre haber pertenecido al sistema de protección en la infancia o adolescencia y la probabilidad de encontrarse en una situación de PSH** (Serge, Eberle, Goldberg, et. Al, 2002; Gaetz y O'Grady, 2002; Raising the Roof, 2009; Smith et. al, 1998; Mayock, O'Sullivan y Corr, 2010; Bardine, 2016; Dworsky, 2010). Según este último autor -Dworsky, 2010-, más de un tercio de las personas que salen del sistema de protección de la infancia y de la adolescencia caen en el *sinhogarismo*. Otros autores vinculan concretamente el *sinhogarismo* en la juventud con la salida del sistema de protección de la infancia y de la adolescencia (Mayock, O'Sullivan y Corr, 2010).

Este es, sin duda, uno de los escenarios que más preocupan a las entidades que trabajan con menores, ya que en la mayoría de los casos el hecho de cumplir la mayoría de edad -momento en el que se debe abandonar el sistema de protección a la infancia- no implica que estas personas, que han necesi-

tado la ayuda de un sistema estatal para ver satisfechas sus necesidades y protegidos sus derechos, sean capaces de responder con garantías a las exigencias de la vida cotidiana. Podríamos preguntarnos, ¿qué persona de dieciocho años sería capaz de hacerlo? La respuesta es, posiblemente ninguna. Pero la diferencia está en que otros jóvenes de esta edad disponen del paraguas protector de sus familias. De hecho, entre un cuarto y un tercio de las personas que duermen en las calles, de niños han sido cuidados por las autoridades locales (Social Exclusion Unit, 1998). En este mismo sentido profundiza la investigación de Smith et. al (1998) que apunta a que el 47% de las personas encuestadas entendía que la incapacidad de la familia o de los servicios sociales para proporcionarles un contexto estable era el factor que, fundamentalmente, les había llevado al *sinhogarismo*. Del mismo modo, y en términos generales, los *care leavers* (personas que han abandonado el sistema de protección) suelen acumular ratios más bajas de escolarización después de los 16 años. También presentan mayores niveles de desempleo y de dependencia a los beneficios del estado del bienestar (Smith, 2004), aspectos estos que, como veremos un poco más adelante, actúan como factores favorecedores del *sinhogarismo* entre los jóvenes. Como ocurre con otros sectores poblacionales, la combinación de uno o más factores estresores o favorecedores multiplica geométricamente las posibilidades de que el resultado -menos deseado en este caso- se produzca.

¿Significa todo lo comentado en los párrafos anteriores que el cuidado que se les proporciona a estos/as menores -hoy en días adultos- no es el adecuado? Afirmar esto sería utilizar palabras excesivamente gruesas y poco amables para con unos/as profesionales que ponen lo mejor de sí mismos/as para mejorar las condiciones de vida de estas personas con los medios -muchas veces escasos- de los que disponen. Consideramos que estos datos deben ser útiles en dos direcciones: por un lado, para certificar que desequilibrios o falta de cuidados en diferentes ámbitos de la vida son

factores estresores y que facilitan la aparición del *sinhogarismo*, motivo por el que las instituciones que se ocupan de los/as menores en desprotección deben poner el acento en sus intervenciones en la prevención frente al *sinhogarismo*. Por otro lado, las autoridades competentes deben plantearse la necesidad de articular vías intermedias de protección de los menores en su transición a la vida adulta como modo de proporcionarles oportunidades reales. Si no se toman medidas de este calado estaríamos condenando -recuérdense los datos- a un conjunto de personas a no salir de dinámicas de exclusión social sin darles siquiera la oportunidad de fracasar, independientemente del trabajo que llevan a cabo con estas personas los/as profesionales.

Discriminación

Como podremos observar en el siguiente apartado, el *sinhogarismo* no afecta del mismo modo a todos los colectivos de jóvenes. En este caso, **pertenecer a una minoría étnica o sexual puede llevar aparejados una serie de elementos que, combinados de diferentes modos, se pueden convertir en factores que favorecen la aparición del *sinhogarismo***. Por ejemplo, en los EE.UU., tal y como demuestran numerosos estudios, los afroamericanos están sobrerrepresentados en el colectivo urbano de jóvenes sin hogar. En el contexto rural esta casuística se repite en otra minoría étnica: los nativos americanos (Ringwalt, Greene, Robertson y McPheeters, 1998; Cauce, Morgan, Wagner, Moore, Sy y Wurzbacher, 1994; McCaskill, Toro y Wolfe, 1998; Owen y Decker Gerrard, 2006; Larsen y Zierman, 1998). Así, mientras que el colectivo de jóvenes de color representa el 7% de la población inglesa, un 57% de los JSH son personas de color. En este sentido, otro estudio analiza la relación entre hacinamiento, *sinhogarismo* entre personas jóvenes y diversidad étnica (Safe in the City, 1999), llegando a la conclusión de que las personas de color tienen seis veces más posibilidades de vivir en estado de hacinamiento que las personas blancas, o que la gente joven que tenía que compartir habitación a

“ La mayoría de estudios establecen una relación entre haber pertenecido al sistema de protección a la infancia y adolescencia y la probabilidad de encontrarse en situación de *sinhogarismo*. Debería plantearse la necesidad de articular vías intermedias de protección de los menores en su transición a la vida adulta ”

los 12 años tenía tres veces más posibilidades de convertirse en PSH que aquellas que no tenían que compartirla. Esto convierte al **hacinamiento** -experimentado con más frecuencia en unos colectivos étnicos que en otros- **como un factor de riesgo para la aparición del *sinhogarismo***. Es evidente el vínculo que existe entre esta cuestión con algunas de las categorías que FEANTSA analiza a través de la tipología ETHOS.

Homofobia

Del mismo modo, en la última década **son muchas las investigaciones que se han preocupado en analizar la incidencia que tiene la homofobia sobre el *sinhogarismo* juvenil** (Saewyc et. al, 2008; de Castell y Jenson, 2004; Jones, 2016; Bardine, 2016; Hooks Wayman, 2009). Estas muestran que entre el 20 y el 30% de las personas JSH son lesbianas, gays, bisexuales o transgénero (Saewyc et. al, 2008; de Castell y Jenson, 2004, Jones, 2016; Cull, Platzer and Balloch, 2006). Otras investigaciones no ofrecen datos tan concretos, pero apuntan a que en EE.UU. este colectivo está sobrerrepresentado entre las personas JSH.

Sería una torpeza demasiado grande apun-

tar que hay un vínculo directo entre JSH y orientación sexual o modificación de sexo sin matizar esta afirmación, ya que podía abrir la veda para la aparición de interpretaciones excesivamente simplistas u homófobas. Si los autores identifican esta correlación no es tanto por la condición en sí misma, sino por toda la acción social que desencadena -fundamentalmente en términos de la clave integración-exclusión social-, por todo lo que simboliza pertenecer a estos colectivos en sociedades patriarcales y de hegemonía heterosexual. Así pues, pertenecer a estos colectivos puede llevar asociado (evidentemente no en todos los casos, ni en todos los espacios sociales) la aparición de mecanismos de exclusión familiar, en el grupo de iguales, laboral, etc., esto es, un adelgazamiento de los vínculos sociales y, por lo tanto, del colchón comunitario que habitualmente nos protege contra la exclusión. Esto no es óbice para señalar una vez más que por sí solo este factor -como el resto de los analizados- no determina la aparición del *sinhogarismo*. Ahora bien, si aparece vinculado a otros puede ser un estresor más que puede derivar en una situación de *sinhogarismo*.

Problemas educativos-formativos

Gran parte de las investigaciones que hemos manejado para la realización de este apartado (Meinema, 2010; Jones, 2016; Bardine, 2016; Burt, 2007) apuntan a que **existe un vínculo directo entre déficits o bajos niveles educativos y formativos y la pertenencia al colectivo de JSH**. En un proyecto realizado en cuatro países de la UE (República Checa, Holanda, Portugal, Reino Unido), Meinema identificó una serie de factores o causas desencadenantes del *sinhogarismo* presentes en todos los países estudiados: baja inserción laboral y como consecuencia frecuentes periodos de inactividad, unidos a haber experimentado dificultades para seguir formándose o estudiando. Las dificultades para seguir formándose están normalmente vinculadas con problemas de tipo económico o con la falta de valoración o de expectativas asociadas a

los estudios. Ambos aspectos son factores históricamente asociados al *sinhogarismo*. En la misma línea, Jones (2016) comenta que la falta de habilidades en el aprendizaje y diferentes problemas con el sistema educativo actúan como factores desencadenantes de *sinhogarismo* entre las personas jóvenes. Aunque no entra en profundidad en el asunto, detrás de la idea de la falta de habilidades en el aprendizaje puede esconderse algún tipo de patología o de falta de capacidad -personalidad *borderline*, por ejemplo-, pero sobre todo se puede observar cómo los niveles educativos elevados protegen contra la exclusión social.

Al fin y al cabo el nivel educativo alcanzado es un indicador de calidad de vida de las personas, esto es, está íntimamente emparentado con otras dinámicas sociales -estatus socioeconómico, nivel de salud, expectativas laborales, etc.-, todos ellos aspectos que suelen tener dañados las PSH. Finalmente, Burt (2007) apunta a que solo 1 de cada 2 JSH acabó el instituto, algo que, sin duda, refuerza las cuestiones señaladas anteriormente.

Pobreza

Finalmente, la pobreza ha sido identificada como uno de los factores clásicos que han llevado al *sinhogarismo*. Sin embargo, ninguno de los estudios que hemos consultado **identifica la pobreza como un factor relevante a la hora de que una persona joven se convierta en una persona sin hogar. Podríamos interpretar que todos los factores apuntados manifiestan una situación de pobreza, pero echamos en falta que la misma aparezca como una clave con peso específico y consistencia por sí misma**. Solo en dos investigaciones (Bardine, 2016; Taylor et. al, 2012) aparece este factor, aunque lo hace en su arista exclusivamente económica y coyuntural: la crisis económica que ha sacudido a las sociedades occidentales en la última década.

En definitiva, todos los factores apuntados están asociados con cuestiones que apuntan a la formación de la identidad personal y colectiva de las personas. Por lo tanto, parece claro que **uno de los factores fundamentales vinculados con el *sinhogarismo* entre las JSH es la inestabilidad durante la infancia o la adolescencia.** Inestabilidad que puede adquirir muchas máscaras, pero que está en el origen del proceso que se ha desencadenado.

Del mismo modo, lo analizado también apunta a factores específicos que afectan de una manera más intensa a los JSH que a otras cohortes de edad de PSH. Esta especificidad debe ser tenida en cuenta si queremos articular intervenciones que realmente resuelvan los problemas de estas personas. Ahora bien, lo analizado, si se cruza con la variable tiempo de duración del proceso de *sinhogarismo* que normalmente suele tender al largo plazo, nos daremos cuenta de que, gran parte de los

factores estresores que permitieron el surgimiento de las condiciones necesarias para la aparición de una situación de exclusión social grave aparecieron durante la infancia y/o la adolescencia, y están vinculadas con las cuestiones que hemos trabajado en este apartado.

Por este motivo es fundamental que las administraciones públicas y los servicios que trabajan con el colectivo de JSH sean conscientes de su especificidad como tal y de la importancia de valorar su incidencia en las situaciones a largo plazo, esto es, en esas personas JSH que se han convertido en personas Maduras sin Hogar (MSH). Trabajar en estos colectivos aspectos que tienen que ver con su edad temprana puede proporcionar resultados que afecten positivamente en la resolución de los conflictos y en la aparición de habilidades bloqueadas en el momento actual.



Para estudiar la situación de los jóvenes sin hogar en el ámbito nacional, recurriremos principalmente a los datos extraídos a partir de la prospección llevada a cabo por el Instituto Nacional de Estadística (INE), en el año 2012. Conocedores de la falta de vigencia y de las limitaciones propias de esta publicación, debemos aclarar que nos hemos basado en dicha investigación **debido a que el alto grado de invisibilidad social que padecen las personas sin hogar en el haber del imaginario colectivo, hace que este sea el único estudio completo y el más actual que podemos emplear a nivel estatal** para nuestro análisis, lo cual no exime a este estudio de poder emplear otras referencias que contribuyan a arrojar luz sobre este fenómeno.

Por otro lado, a pesar de emplear la prospección de 2012 como base, dado su mayor vigor, nos referiremos también al mismo estudio llevado a cabo en 2005 con el fin de poder hacernos una idea de la evolución que ha experimentado el sinhogarismo juvenil.

Pero antes de adentrarnos de lleno en nuestro estudio, nos gustaría mencionar cómo el mero hecho de vernos obligados a retrotraernos a estudios llevados a cabo en los años 2005 y 2012, pone de manifiesto la casi nula presencia que tiene el sinhogarismo joven en nuestra sociedad. Ya no sólo porque no se realicen estudios de mayor periodicidad, sino

porque no existe un reclamo ciudadano en este sentido, precisamente debido a la falta de valor que le otorga la sociedad a este fenómeno.

Así pues, antes de centrarnos de lleno en las características particulares del estrato joven, nos gustaría destacar el peso que tienen dentro del propio colectivo de las personas sin hogar. De esta manera, **las personas sin hogar de 18 a 29 años, en el año 2012, constituyeron un 24,2% del total**, descendiendo en torno a cinco puntos porcentuales con respecto a 2005, que alcanzó el 29,9%. Por ello, la edad media de la persona sin hogar en 2005 fue de 37,92 años, mientras que en 2012 fue de 42,7 años. Destacamos aquí que, en términos absolutos, la población de JSH pasó de 6.472 personas en 2005 a 4.434 en el año 2012.

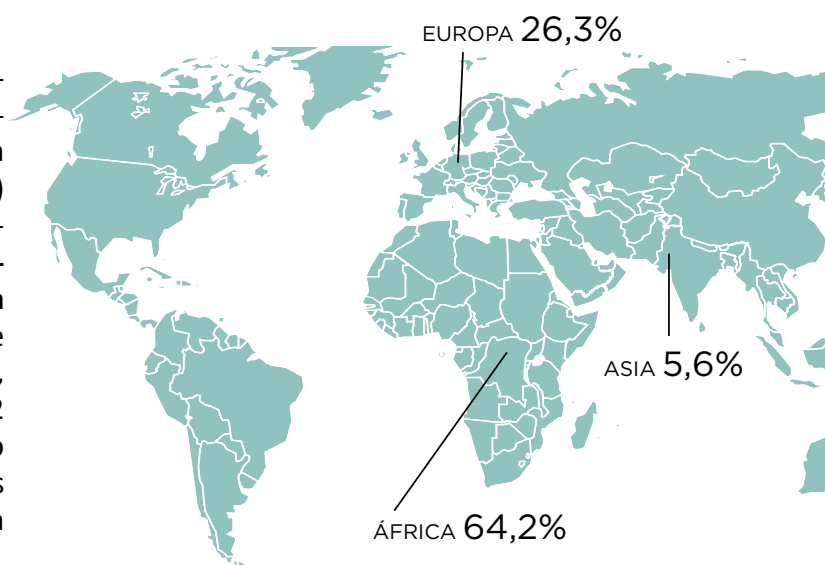
Una vez hemos mencionado el peso que tienen los jóvenes en el número total de personas sin hogar, pasamos a estudiar las características de este colectivo en concreto dividiéndolas en ocho apartados: **características sociodemográficas, tiempo de residencia, empleo y formación, alojamiento, salud, situación familiar, utilización de los servicios sociales, e igualdad no discriminación y relación con la justicia.**

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS

Al comenzar a destacar las características sociodemográficas de los JSH debemos detenernos en primer lugar en una variable básica (a la que nos referiremos a lo largo del estudio) como es el género. En este aspecto, destacamos un **incremento de la presencia femenina**, puesto que **se pasa de un 18,4% en 2005 a un 24,6% en 2012**. Debemos aclarar que este dato puede resultar ligeramente engañoso, ya que en números totales, se pasó de 1.202 mujeres a 1.093, pero el descenso mayúsculo masculino (de 5.337 a 3.341 hombres jóvenes sin hogar) hace que la proporción femenina aumente.

En este punto nos gustaría destacar un estudio llevado a cabo en la ciudad de Granada, (Romero, M., Ramos, M., March, JC. 2002). según el que la presencia femenina dentro del colectivo de JSH es todavía más pronunciada, aglutinando un 33% del total. Por otro lado, dentro de este mismo estudio, se mencionaba que la edad media en el inicio del sin hogarismo para los jóvenes es la de los 19 años, lo cual nos ayuda a comprender la evolución de este fenómeno una vez iniciada la mayoría de edad.

En lo referente a la **nacionalidad es donde encontramos diferencias más significativas puesto que las PSH extranjeras tienen una representación juvenil mucho mayor**. Tanto es así que en 2012 el 76.9% de las personas jóvenes sin hogar eran extranjeras, frente al 23,1% españolas y en 2005, entre las personas sin hogar extranjeras, el 47,4% eran jóvenes, de manera que entre los jóvenes, el 76,5% eran extranjeros, por lo que vemos cómo en ambos años, el índole más joven del sinhogarismo extranjero afecta directamente a la edad media de las PSH, viéndose esta reducida. Por otro lado, si reparamos en el lugar de nacimiento de las PSH, el dato que encontramos en 2012 vuelve a poner de manifiesto el peso de la inmigración en este sentido. **El 64,2% de los jóvenes sin hogar nacieron en África, mientras que el 26,3% en la Unión Europea, seguidos de Asia con un 5,6%.**



Por otro lado, si reparamos en el tiempo de residencia, encontramos una diferencia más que notoria entre ambas prospecciones. En el año 2005, en el grupo de personas sin hogar de 18 a 29 años, el 41,1% llevaba residiendo en España entre 0 y 12 meses, mientras que el colectivo que llevaba más de 5 años residiendo en el país aglutinaba el 27,3%. En cambio en 2012 el panorama dista por completo, ya que el grupo que en el estudio anterior era mayoritario (de 0 a 12 meses), pasa a ser el minoritario alcanzando únicamente un 5,5%, mientras que el grupo de los que lleva residiendo en España más de cinco años pasa a ser del 41,7%.

La principal explicación que atribuimos a este manifiesto cambio, viene dada a partir de la inmigración y del riesgo de exclusión social. En el año 2005, España se encontraba en plenitud económica, de hecho la tasa de paro rondaba el 8,5%, motivo que representaba un claro reclamo para la inmigración. Por ello, dada esa gran llegada de inmigrantes, nos encontramos con una tasa en la que el 41,1% de los jóvenes sin hogar llevaba menos de un año residiendo en España. Pero a partir de 2010, el número de extranjeros censados en España comienza a disminuir, por lo que la llegada de inmigrantes se reduce drásticamente, de hecho, la emigración supera a la inmigración, lo cual explica cómo la tasa de JSH que lleva residiendo menos de un año en España se reduce hasta el 5,5% en el año 2012.

Por otro lado, el incremento que podemos observar en el grupo de JSH que lleva más de cinco años residiendo en España, se debe al gran número de inmigrantes que recibió España en el periodo de bonanza económica. Dada su precaria situación, se encontraba en riesgo de exclusión social, pero con la llegada de la crisis, el agravio de las condiciones sociales y laborales y la menor protección social que garantizaba el gobierno, un gran número de extranjeros terminó cayendo en ese umbral de exclusión social severa que les amenazaba. Como muestra de esas condiciones de precariedad que comentamos, nos gustaría destacar que la tasa de paro en el año 2012 fue de 23,2% y la tasa de riesgo de pobreza de 22,2%.

EMPLEO, OCUPACIÓN Y FORMACIÓN

En primer lugar, para abrir este apartado, nos detendremos en la situación laboral de los jóvenes sin hogar en el año 2012. Así pues, el 73,7% de los JSH se encontraba en situación de desempleo, mientras que el 8,3% se definía como refugiados. Además, llama la atención que la segunda categoría que más porcentaje de respuesta obtuvo fue la de “otros” con un 13,5%. A partir de estos datos, deducimos cómo **el *sinhogarismo* va íntimamente ligado a la falta de trabajo**, intuición que se demuestra al contrastar cómo únicamente el 3,4% se encontraba trabajando de manera completa o parcial. En este punto debemos recordar la tasa de paro que se alcanzó en el año 2012 (23,2%), ya que como comprobamos en este punto, la falta de trabajo constituye una de las principales causas del *sinhogarismo* juvenil, situación que se torna todavía más drástica si comprobamos cómo el paro juvenil (de 16 a 29 años) del año 2012 fue del 51%. Además, al preguntar a los JSH acerca de si alguna vez han tenido un trabajo de duración superior a seis meses, 47,7% de los encuestados respondieron que no, a pesar de que en los años anteriores la tasa de desempleo fuese mucho más favorable.

En cuanto a **la cualificación** de los JSH, destaca la falta de preparación profesional en el

“ El *sinhogarismo* va íntimamente ligado a la falta de trabajo, intuición que se demuestra al contrastar como únicamente el 3,4% se encontraba trabajando de manera completa o parcial ”

haber de este colectivo. Tanto es así que entre las categorías de directivos, técnicos y profesionales y la de los empleados cualificados en la agricultura, industria, pesca y construcción aglutina únicamente al 10,3% con respecto al 34,9% de trabajadores no cualificados y el 54,7% de los definidos como empleados de otro tipo. Por tanto, vemos cómo únicamente un 10,3% acredita algún tipo de formación profesional lo cual, lógicamente, supone un gran lastre a la hora de encontrar trabajo en un mercado laboral, que la crisis torna hipercompetitivo, más aún, dentro del sector poblacional joven.

Otro síntoma manifiesto de la mayor dificultad que padecieron los JSH a la hora de encontrar empleo con respecto al año 2005, lo encontramos al comparar el **tiempo de búsqueda de empleo**. Si nos fijamos en el año 2005, veremos cómo el 63,8% de los encuestados afirmaba llevar menos de seis meses en búsqueda de empleo, mientras que en 2012, esta condición se redujo hasta el 39,2%. En cambio, aquellos que llevaban entre 6 y 12 meses buscando empleo, aumentó de un 16,3% a un 27,2%, al igual que los que llevaban entre 1 y 3 años en situación de búsqueda de empleo, que pasaron de un 12,6% en 2005 a un 28,7%. De este modo, comprobamos de nuevo en este punto, cómo la crisis económica influye de sobremanera en la situación de los JSH.

Además, al estudiar el **nivel de ingresos**, apreciamos cómo en el año 2005 (en la proyección de 2012 no figura este apartado), el 52,5% de los jóvenes sin hogar, ganaba entre

1 y 300 euros y únicamente el 6,4% declaró percibir más de 600 euros. Este altísimo grado de pobreza, lógicamente, representa uno de los principales factores de la situación de sinhogarismo. De hecho, el salario mínimo interprofesional en el año 2005 era de 648,60 euros, por lo que únicamente el 6,4% podría aspirar a dicha cifra. De igual modo, el umbral de riesgo de pobreza se marcaba en ingresar 612,90 euros al mes, por lo que el 68,6% de los JSH se situó por debajo del umbral de pobreza. Conviene destacar también que en esta pregunta se obtuvo un alto grado de NS/NC, del 25,1% en concreto, síntoma de la gran temporalidad laboral que padecen los JSH, debido principalmente a su empleo inestable y precario y a formas de ingreso supeditas a un altísimo grado de variabilidad.

En cuanto al **gasto** que hacen los JSH encontramos particularidades con respecto al conjunto general de las personas sin hogar. Principalmente, destacamos cómo mientras en aspectos como la comida o el transporte gastan de igual manera, el gasto en ropa es un 14% más alto en el colectivo joven, probablemente debido al mayor valor y reconocimiento que otorga a la estética la juventud. Por otro lado, las PSH dedican un 18% de su gasto al alojamiento, pero los JSH lo hacen en un 7,8%, dada su propensión a optar por otro tipo de alternativas, como pueden ser las viviendas de amistades, las casas ocupadas, la infravivienda o la calle, a diferencia del total de los PSH, pueden tener otro tipo de prioridades antes que asegurarse un alojamiento para una noche.

El **nivel de estudios**, resulta también tremendamente determinante a la hora de caer en situación de sinhogarismo. Aquellas personas que obtienen una formación académica superior, atesorarán una probabilidad considerablemente inferior de caer en dicha situación. Así pues, al comparar el nivel de estudios de los JSH entre los años 2005 y 2012 encontramos algunas diferencias significativas. Por un lado, el porcentaje de personas sin estudios es prácticamente igual, oscilando ambos años en torno al 9%, al igual que el porcentaje de personas que tiene un nivel de estudios

de educación secundaria, que en el año 2005 fue de 63,1%, y en 2012 de 61,9%. Pero por otro lado, el número de personas con nivel de estudios primario, incrementa de un 17,6%, a un 21,6%, mientras que el número de personas con titulación superior (universitaria o no universitaria), pasa de ser del 11,2%, al 6,9%. Este cambio en el panorama formativo de los JSH, podría deberse al gran número de personas que durante los años de bonanza económica decidió dejar sus estudios para comenzar a trabajar a edades tempranas, dada la gran oferta de empleo y las adecuadas condiciones ofertadas. A raíz de esto, en el año 2012, inmersos en la crisis económica, ese gran número de jóvenes que no cursó estudios superiores se vio en situación de desempleo y con un nivel formativo más que limitado, por tanto, el riesgo de exclusión social y por tanto de sinhogarismo, se agravó enormemente. En consecuencia, observamos esta pauperización académica de los JSH entre los años 2005 y 2012, corroborado también por el estudio de Granada del año 2002, que dictó que el nivel educativo de los JSH era bajo, lo cual acompañado de que según el mismo estudio, la edad de inicio en el sinhogarismo son los 19 años, dificulta enormemente la obtención de unas capacidades formativas competentes.

Aun así, debemos ser conscientes de que en numerosos absolutos, la población de JSH, pasa de ser de 6.472 en el año 2005, a 4.434 en el 2012. Para comprender este fenómeno, partimos de que el sinhogarismo juvenil es un fenómeno netamente joven, donde en el año 2012, el 76,9% era de origen extranjero. Por tanto, al comprobar también como hemos destacado anteriormente que en el año 2005 el 41,1% de los JSH llevaba menos de un año residiendo en España y que en 2012, este colectivo disminuyó hasta representar únicamente al 5,5%.

A partir de esta misma explicación, comprendemos cómo la situación de sinhogarismo en el año 2005 se trataba de algo más transitorio, no se cronificaba (al menos tan severamente) y por ello el 41,1% llevaba menos de un año residiendo en España, por eso mismo,

observamos cómo la realización de cursos formativos incrementó del 26,8% en 2005, al 49,39% en 2012 lo cual, unido a la mayor oferta de empleo no cualificado en 2005, nos hace comprender este panorama tan dispar.

Finalmente, para concluir este apartado, destacaremos la **edad de abandono de los estudios** de los JSH ya que, como veremos más adelante, resulta un factor determinante. Para ello, recurrimos a datos extraídos a partir de la prospección que llevó a cabo el INE en el año 2005 (en 2012, no se estudió este aspecto) en ellos vemos cómo el 6,08% lo hizo entre los 0 y los 10 años, el 20,53% entre los 11 y los 14, el 45,48% entre los 15 y los 18 y por último el 27,9% después de los 18 años. Como podemos observar en esta distribución, la mayoría de los JSH, puso fin a su ciclo formativo entre los 15 y los 18 años, es decir, cuando la obligatoriedad de la enseñanza toca a su fin. Por otro lado, en un principio destaca que el 26,61%, lo hizo de manera temprana (sin tener en cuenta los que lo hicieron a los 15 años), dato que en un principio parece tremendamente alarmante, pero que realmente, si lo comparamos con la tasa de abandono escolar estatal global, vemos cómo apenas varía.

En este sentido, encontramos cierta similitud entre el fenómeno del abandono escolar y el sinhogarismo juvenil. La tasa de abandono escolar tiene también una representación mayoritariamente masculina (58%) y el peso de la extranjería resulta también cuanto menos significativo, ya que el 27% de personas que abandonó la formación académica de manera temprana era de origen extranjero.

ALOJAMIENTO

A continuación, estudiaremos **las principales alternativas de alojamiento adoptadas por los jóvenes sin hogar** y que, como veremos a continuación, **difiere con respecto al total de la población sin hogar**. En el año 2012, el 51% de los JSH pernoctó en albergues, y el 24,2% en pisos facilitados por ONG u organismos, aquí destacamos la prioridad que se les otorga por este tipo de entidades a los

“ Aquellas personas que obtienen una formación académica superior atesoran una probabilidad considerablemente inferior de caer en situación de sinhogarismo ”

jóvenes, ya que si recurrimos al total de las PSH vemos cómo el 43,2% pasó la noche en albergues y el 15,4% en pisos facilitados por ONG u organismos, lo cual supone una considerable diferencia en el tipo de pernoctación que practican los jóvenes. Por otro lado, la pensión pagada por distintas ONG es un recurso mucho menos empleado por los jóvenes (1,7%) con respecto al total de las PSH, que lo emplean en un 5,4%, al igual que el propio espacio público, lugar de pernoctación del 14,9% de las personas sin hogar, pero que únicamente es empleado por el 6,6% de los JSH.

En cuanto a los **motivos por los que terminaron viéndose obligados a abandonar el último alojamiento** que tuvieron antes de caer en la situación de sinhogarismo, también encontramos diferencias más que notorias entre ambas prospecciones. En primer lugar, destacamos que el motivo de sufrir violencia o el de haber perdido el trabajo se mantiene estable en ambos años. El primero rondó el 12,5% en ambos años y la pérdida de empleo, oscilaba próximo al 25%. En segundo lugar, destacamos cómo la separación de la pareja disminuye como causa de pérdida del alojamiento, pasando de un 12,1% en 2005 a un 5,9% en 2012, al igual que el cambio de localidad que en 2005 era de un 22,8% para en 2012 descender hasta el 18,8%.

Por otro lado, incrementa el hecho de no poder afrontar el pago de la vivienda como motivo de pérdida del alojamiento, pasando de un 7,9% a un 14,3%, al igual que el desahucio, que se incrementa sobremanera al darse en

2005 únicamente en el 3,6% de los casos para en 2012 pasar a ser el 10,3% lógicamente influido por el gran auge de desahucios dado en dicho año o la agilización que planteaba el desahucio en un plazo “no superior a 15 días y sin ulteriores trámites” (Ley 19/ 2009, de 23 de noviembre).

Pero inmersos en el ámbito del alojamiento, al atender al tiempo que las personas sin hogar llevan en **busca de hospedaje** es donde encontramos más singularidades dentro del colectivo joven. Tanto es así que, mientras el 31,9% de las PSH llevaba menos de un año buscando, en este mismo lapso de tiempo se situaba un 42,9% de JSH. Por otro lado, el 56% de los jóvenes llevaba más de un año buscando alojamiento, mientras que esta cifra en el marco global de las PSH ascendía hasta el 68,1%, diferencia que podemos ver todavía más acentuada al comparar cómo únicamente el 26% de los jóvenes llevaba buscando alojamiento más de tres años, mientras que el 44,5% de las PSH llevaba más de tres años en esa misma situación de búsqueda.

Mediante esta acentuada diferencia, volvemos a comprobar cómo con **el paso de los años, la situación del sinhogarismo se va cronificando. Así, la proporción del total de PSH que lleva más tiempo buscando alojamiento es notoriamente superior a la proporción dada en el sinhogarismo juvenil**, diferencia también generada a partir de la priorización dada en los diferentes servicios y recursos sociales destinados a mitigar las consecuencias del sinhogarismo a la hora de primar la atención a los jóvenes. Además, a los jóvenes, al llevar menos tiempo bajo este tipo de situación, se les presupone un mayor dinamismo y afán por revertir dicho contexto, por lo que llevarán a cabo un mayor número de acciones que les posibilite la obtención de un alojamiento (aunque sea temporal). En consecuencia, hallamos una situación en la que a menor edad, el tiempo de búsqueda de alojamiento es menor.

Pero esta búsqueda que comentamos, también se da de diferente manera dentro del colectivo joven. Mientras que la búsqueda mediante la intervención de servicios sociales

u ONG, o mediante la ayuda de familiares o amistades es prácticamente igual tanto en el total de las PSH, como en los JSH. El recurrir a anuncios en prensa o agencias inmobiliarias, es menos frecuente en los jóvenes que lo hacen en un 18% de los casos mientras que el total de PSH lo hace en un 22%; al igual que solicitar ayuda mediante instituciones de carácter religioso donde, mientras las PSH lo hacen en un 5,6% de los casos, los JSH lo hacen en un 2,3%, diferencia que se explica a partir del mayor rechazo y menor acercamiento que se da en los jóvenes a este tipo de alternativas religiosas. En este punto conviene destacar que la propia brecha generacional existente entre los JSH y el resto de PSH, genera también una socialización en valores diferente, donde el manifiesto proceso de secularización, hace que los jóvenes no hayan recibido esa socialización religiosa tan marcada en generaciones anteriores. Por consiguiente, vemos cómo el porcentaje de JSH que recurre a instituciones de carácter religioso sea menos de la mitad que el de las PSH en su conjunto.

SALUD

Al estudiar los determinantes sociales de la salud, es decir, aquellos factores sociales que inciden directamente sobre el estado de salud y calidad de vida de los individuos, inmediatamente **advertimos la notoria influencia de la clase social, el estatus económico o el nivel de estudios. Por tanto, resulta evidente que el sinhogarismo repercutirá enormemente en la percepción de subjetiva de salud de los individuos.**

Debido (de nuevo) a las limitaciones que el INE ofrece para encontrar datos relativos a la percepción global de salud, hemos recurrido a la última **Encuesta nacional de salud llevada a cabo, concretamente en el año 2011**, lo cual (por fortuna) supone un contexto bastante similar a nuestro año de referencia para los JSH, 2012. Eso sí, la Encuesta nacional de salud emplea unos rangos de edad que distan de los utilizados en la encuesta nacional de personas sin hogar. Así pues, mientras que en el año 2011, los jóvenes de 15 a 34 calificaban su salud de manera positiva en un 89,5% de

los casos, en el año 2012, los JSH (recordamos de 18 a 29 años) lo hacían en considerable menor medida, en un 73,8% de los casos. En el sentido contrario, los jóvenes en 2011 calificaron de manera negativa su salud en un 1,32%, mientras que los JSH lo hicieron en el 8,1% de los casos.

De este modo, comprobamos una manifiesta diferencia en la valoración subjetiva de la salud, que nos podría llevar a afirmar sin lugar a equívocos que **el *sinhogarismo* representa uno de los determinantes sociales de la salud más definitorios**. Además, conviene destacar que, lógicamente, **en estos rangos de edad la mayoría de los problemas de índole más grave derivados por la situación de *sinhogarismo* todavía no se han desarrollado, por lo que con el paso del tiempo estos jóvenes terminarán por ver su salud enormemente mermada**.

Centrándonos ya de lleno en las particularidades sanitarias de los JSH, al estudiar las enfermedades graves o crónicas que padecen debemos mencionar que, salvo dos excepciones, no encontramos grandes diferencias con respecto al conjunto de las PSH. La primera de estas particularidades la encontramos en que únicamente el 5,1% de los JSH que afirmó padecer enfermedades graves o crónicas las calificó como endocrinas o relacionadas con los órganos de los sentidos, mientras que en el conjunto de las PSH, lo hizo un 17,4%. A partir de aquí, deducimos cómo a raíz del *sinhogarismo*, el sistema endocrino y los sentidos son los aspectos que padecen un mayor deterioro con el transcurso de los años. Conviene destacar de nuevo aquí el estudio de Granada que concluyó que los principales problemas de salud que afectan a los JSH son derivados a partir de la falta de higiene.

Por otro lado, destaca cómo el 26,1% de los jóvenes sin hogar con alguna enfermedad grave dijo sufrir trastornos mentales, frente a un 16,6% del global de PSH. Esto, por contradictorio que parezca, no quiere decir que los JSH padezcan más trastornos mentales que el conjunto, sino que revela la importancia del diagnóstico en este tipo de patologías. Como ya hemos mencionado anteriormente, **la prio-**

ridad que se les otorga a los jóvenes en los recursos destinados a las personas sin hogar, hace que reciban una atención psicológica mayor, debido también a que se trata de un colectivo cuyas enfermedades no están tan cronificadas y sus procesos de recuperación pueden ser más prolíficos. Por tanto, al ser la atención psicológica la única vía por la cual se les puede diagnosticar y conocer la patología mental que sufren, hace que apreciemos esta acentuada diferencia que, sin embargo, puede resultar engañosa.

Pero la influencia del factor psicológico y su atención no se queda ahí, puesto que al estudiar las **discapacidades reconocidas que padecen los jóvenes sin hogar** este aspecto vuelve a destacar y encontramos de nuevo las mismas particularidades que acabamos de explicar. Dentro de las limitaciones de los JSH, el 25% eran físicas, el 3,4% intelectuales y el 72,2% psíquicas, mientras que en el conjunto de las PSH, el 73,4% eran físicas el 2,6% intelectuales y el 40% psíquicas (la suma supera el 100% debido a que se debe a una categoría de multirespuesta), demostrando de nuevo aquí la relevancia que tiene el diagnóstico en la detección y tratamiento de las patologías, más aún, mentales. A pesar de tener en cuenta la relevancia del diagnóstico, por otro lado, **no podemos caer en obviar la evidencia de cómo la patología mental está íntimamente ligada a la condición del *sinhogarismo* como uno de los factores determinantes en este sentido**.

Los consumos de los jóvenes representan otro factor determinante en el estado de salud. En primer lugar, el consumo de alcohol que declararon los jóvenes sin hogar no fue alarmante, aunque debemos ser cautos en este sentido debido a que la percepción subjetiva con la que viven sus hábitos y acciones diarias pueda hacer de este indicador en concreto algo doloso. Aun así, únicamente el 0,3% declaró un consumo de alcohol alto, o excesivo y el 97% manifestó no consumir o mantener un consumo ligero. Si lo comparamos con el total de las PSH, como cabe esperar, este panorama deteriora, puesto que el 4,1% declaró una alta o excesiva ingesta de al-

cohol y el porcentaje de personas que no consume o mantiene un consumo ligero se reduce hasta el 85,5%. Debemos reiterar en este punto que el consumo de alcohol no parece tan alarmante como en un principio podríamos considerar, pero que, por otro lado, los encuestados pueden no ser conscientes de la peligrosidad, el riesgo o la periodicidad de los hábitos que llevan a cabo, al margen de que el reconocimiento del problema, como primer paso del proceso de recuperación puede no haberse dado todavía, estando presente de nuevo aquí, la subjetividad en la percepción de los encuestados y la falta de toma de distancia con respecto a su problema, que viven siempre dentro de un contexto marginal.

En lo que al **consumo del resto de drogas** se refiere, el 26,4% de los JSH declaró algún tipo de consumo y de nuevo aquí, como es lógico, el número de personas que consumen drogas en el total de las PSH aumenta hasta el 37%, por lo que comprobamos cómo el consumo de estupefacientes es una característica habitual en el perfil tanto de las PSH como de los JSH en concreto. Además, resulta curioso que en el año 2005, el 34,4% de los JSH declaró consumir algún tipo de drogas.

Para explicar ese descenso en el consumo de estupefacientes de los JSH que pasa de un 34,4% en 2005 a un 26,4% en el año 2012, volvemos a recurrir a cómo en el año 2005, antes de la crisis se requería un mayor grado de marginalidad y riesgo de exclusión social para acabar cayendo en la situación final del sinhogarismo. El consumo de drogas potencia ese mismo grado de exclusión. Pero en el año 2012, inmersos en plena crisis económica, es más fácil que debido a esos factores de riesgo, se caiga en esa vulnerabilidad social que empuje al sinhogarismo, por lo que aquellos individuos que en una mejor posición (dentro de la marginalidad) en 2005, evitaban dicha situación, en 2012 les es imposible.

SITUACIÓN FAMILIAR

En primer lugar, para comenzar a tratar la situación familiar, debemos destacar el **estado**

civil de los jóvenes sin hogar. En este sentido, nos encontramos con un 79,2% de solteros, un 8,5% de casados, un 7,5% de parejas de hecho y un 3,5% ya sean de separaciones de hecho o de divorcios. En este sentido no encontramos particularidades diferenciales con respecto al resto de jóvenes, dado que esta distribución corresponde al rango de edad de entre 18 y 29 años. Si lo comparamos con la prospección llevada a cabo en 2005, apreciamos cómo los JSH casados eran el 13,7% y los solteros el 71% mientras que los separados o divorciados ascendía al 5,6%, por lo que deducimos un descenso de los matrimonios y separaciones o divorcios.

En lo referente a la **convivencia en pareja** encontramos una distribución totalmente equitativa que apenas varía en dos puntos porcentuales con respecto al conjunto de las PSH. El 46,8% convive en pareja y el 53,2% no lo hace, distribución prácticamente similar en este sentido.

Por otro lado, llama la atención cómo en un colectivo sin recursos económicos, sociales, relacionales o de ninguna índole como constituye el de los JSH, la **tenencia de hijos/as** es bastante alta, ya que en el año 2012, el 30,8% de los jóvenes sin hogar declaró tener descendencia, un porcentaje que sería bastante alto incluso en el padrón estatal general y que dada la especial y delicada situación de estos jóvenes no deja de ser llamativo, al margen de los problemas que podrán padecer tanto sus hijos/as como ellos mismos para un desarrollo adecuado.

La situación familiar antes de los 18 años resulta llamativa, puesto que un 84,2% afirmó vivir con su padre, madre o ambos, y un 6,8% con abuelos o familiares más lejanos, siendo un 5,4% los que habitaron en una institución de acogida. Aunque este panorama dista de ser el ideal, en un primer momento pensábamos toparnos con una distribución más desoladora, lo cual indica cómo el gran problema de los JSH, quizá no resida tanto en su estructura familiar, sino en los recursos que tienen a su alcance y que les permiten desenvolverse en su cotidianidad.

“ Llama la atención como en un colectivo sin recursos económicos, sociales, relacionales o de ninguna índole como constituye el de los JSH, la tenencia de hijos/as es bastante alta ”

Esta sospecha, la confirmamos al acudir a las **características familiares de los JSH antes de cumplir los 18 años**. El 59% alegó falta de dinero y en torno a un 40% manifestó paro prolongado y/o fallecimiento de algún miembro de la unidad familiar por otro lado, un 20% afirmó padecer causas como incapacidad grave de sus progenitores problemas de violencia en el seno familiar, graves peleas y conflictos entre los progenitores... **Por tanto, al comprobar estas estadísticas, corroboramos cómo la situación familiar de los JSH, no está definida por la propia estructura organizativa familiar, sino por los vínculos que la conforman y los recursos que ostentan. Características que sin lugar a dudas, distan de ser las idóneas y les hacen caer en ese umbral de riesgo de exclusión social tan definitorio.**

UTILIZACIÓN DE LOS SERVICIOS SOCIALES

Como hemos comprobado con anterioridad, **la asistencia profesional** para con los jóvenes en los centros destinados a las PSH constituye un factor fundamental. Si recurrimos a la prospección de 2012, podemos comprobar cómo el 88,4% de los jóvenes afirmó haber tenido trato con algún trabajador/a social. En un primer momento, podríamos considerar este dato como esperanzador, pero si recurrimos a la valoración que hacen de la asistencia recibida, vemos cómo el 43,3% la califica como “nada” o “poco” y únicamente el 24% como “mucho”. Esto no quiere decir que los profesionales que trabajan con ellos cumplan su función de manera ineficaz, sino que, lógicamente, la situación tan cambiante que padecen los JSH, les imposibilita afincarse en

un recurso social que les pueda proporcionar un seguimiento constante y adecuado y por ende, su trato con los profesionales, suele quedar reducido a una primera, única e insuficiente toma de contacto. A pesar de ello, debemos mantener presente que el contacto con los servicios sociales constituye otra característica propia del proceso que deriva en el sinhogarismo juvenil.

En cuanto a las **ayudas solicitadas** advertimos ciertas diferencias entre los JSH y las PSH. En términos generales, apreciamos cómo los jóvenes tienden a solicitar un mayor número de servicios o prestaciones. Destacan las solicitudes de alojamiento que los jóvenes hacen en un 69% y las PSH en un 60%, debido a que los más veteranos en la calle habrán encontrado cierto tipo de alternativas más estables o simplemente la veteranía en este sentido les haga evitar dichas solicitudes. Pero el aspecto más notorio es el del servicio de higiene o ropero donde mientras las PSH lo solicitan en un 53,7%, los JSH lo hacen en un 65,7%, lo cual concuerda con el apartado en el que comprobamos cómo los jóvenes destinaban una mayor parte de sus ingresos al consumo de ropa, debido a la mayor presencia que tiene el valor de la estética en el ambiente juvenil. Además, según figura en el estudio de Granada de 2002, los recursos más solicitados por los JSH en los centros eran los relativos a la información y orientación y a ofrecer servicios básicos como comida o alojamiento, seguido de solventar problemas médicos.

Finalmente, en este apartado, nos gustaría destacar cómo en el año 2012, mientras un mero 3% de los jóvenes sin hogar percibió la renta mínima de inserción social (hoy en día denominada renta de inclusión social), en el conjunto de las PSH, lo hizo un 13,7%, lo cual se debe a que los más adultos suelen estar caracterizados por una serie de circunstancias que se tienen en cuenta a la hora de conceder este tipo de ayudas, como puede ser la presencia de hijos/as (en torno a un 20% más alto con respecto a los JSH) o la condición de discapacidad reconocida.

IGUALDAD, NO DISCRIMINACIÓN Y RELACIÓN CON LA JUSTICIA

Como hemos mencionado anteriormente, el sinhogarismo representa la causa social de invisibilización más severa y por consiguiente, según la prospección de 2012 únicamente el 58% de los encuestados afirmó no sentirse discriminado nunca, mientras el 42% restante dijo sentirse discriminado, aunque en diferentes grados de severidad. Llegados a este punto debemos realizar un breve inciso para destacar cómo esta pregunta está supeditada a un grado de percepción subjetiva muy elevado, dado que tratándose de JSH, que el 58% declare no sentirse discriminado resulta cuanto menos llamativo. Esto se debe a que como hemos venido comprobando a lo largo del estudio, el sinhogarismo juvenil está marcado por un ciclo vital donde la marginalidad, la segregación y la exclusión están muy presentes. En consecuencia, nos encontramos con que **los JSH se trata de individuos crecidos y habituados a la discriminación por lo que han normalizado esa exclusión que padecen** y al ser preguntados responden no sentirse discriminados, cuando realmente lo que sucede puede deberse a que han normalizado, (y por tanto no reconocen) esa misma discriminación que sufren.

Aun así, si nos adentramos a estudiar el tipo de agresiones o delitos que los JSH sufren, veremos cómo la mayoría, en torno a un 65% afirma haber sido víctima de robos, o de amenazas, insultos o vejaciones, destacando también que el 41% dijo haber sido agredido.

En cuanto a la **relación con la justicia**, como es lógico, el sinhogarismo, tanto por los recursos disponibles como por el entorno y la evolución de las vivencias devenidas a partir de los procesos vitales, empuja (en cierto grado) a cometer conductas delictivas, ya no solo debido a la necesidad de cubrir sus necesidades, sino que al verse inmersos en un

ambiente marginal, el reconocimiento de sus pares, queda supeditado a este tipo de conductas delictivas, en lo que podría denominarse como capital cultural negativo (Barker, 2013). En consecuencia, el 10% de los JSH afirmó haber sido denunciado una vez y otro 10% haber sido denunciado varias veces.

Dentro de los JSH que fueron denunciados, el 31,3% afirmó haber sido detenido al menos una vez, debido también a los motivos que acabamos de citar y a que ese alto grado de marginalidad también dificulta el poder acudir a recursos que evitan la detención en caso de denuncia. Lo mismo ocurre con los JSH detenidos que acabamos de nombrar, habiendo sido el 29,3% de los detenidos, condenados en alguna ocasión, ya sea por un juzgado de menores, un tribunal, o ambas. Pero conviene detenernos por un momento en este tipo de condenas ya que según la encuesta del INE de 2012 los que fueron condenados por el juzgado de menores (5,6%) son casi los mismos (4,6%) que los que fueron condenados por ambas instituciones, síntoma claro de cómo en situación de sinhogarismo el haber sido condenado por un juzgado de menores incrementa las posibilidades de ser de nuevo condenado al ostentar la mayoría de edad, dado que, como hemos comprobado a lo largo de la investigación, la situación en la infancia y adolescencia de los JSH resulta muy determinante. Tanto es así que únicamente el 40% de los JSH que fueron condenados alguna vez, no había sido nunca internado en un centro de menores, frente al 60% que sí lo fue.

Finalmente destacamos que entre los JSH condenados en alguna ocasión, el 59% ha estado alguna vez en la cárcel, síntoma (de nuevo aquí) de cómo la falta de recursos de toda índole, repercute directamente para que en este alto grado los JSH condenados pasen en alguna ocasión por prisión.

Una vez analizado el colectivo de jóvenes sin hogar (JSH) a nivel europeo y nacional nos vamos a centrar en el nivel local, concretamente, en el estudio de aquellos/as **jóvenes de entre 18 y 30 años que han sido atendidos en el Servicio Municipal de Personas sin Hogar de Pamplona a lo largo del año 2017**. Siguiendo la clasificación ETHOS, nuestro estudio atiende a las subcategorías 1, 2 y 3, que corresponden a personas que viven en el espacio público, personas que pernoctan en un albergue y/o aquellas que tienen estancia en centros de servicios.

Como universo de observación se ha estudiado únicamente a la población joven atendida desde el *Programa de atención a personas sin hogar en itinerancia (ITI)*, el *Programa de atención a personas sin hogar empadronadas en Pamplona (EMP)*, y el *Programa de acompañamiento y atención en calle (AC)*. Estimamos que la población de jóvenes en exclusión es mayor que la que vamos a analizar

aquí si tenemos en cuenta el resto de categorías ETHOS y quedaría pendiente el cifrar y conocer la población que se mantiene oculta e imperceptible y que no es atendida a nivel institucional. A pesar de ello, el trabajo en red llevado a cabo nos lleva a pensar que la mayor parte del colectivo que aquí analizamos está identificado.

Para el trabajo de recogida de datos se ha utilizado una metodología de tipo cuantitativo y cualitativo. La metodología cuantitativa se ha centrado en la elaboración de un registro de la información de cada persona, mientras que la metodología cualitativa se ha llevado a cabo a través de entrevistas de supervisión con el equipo técnico del albergue. La investigación se ha diseñado en base a cuatro variables básicas que guiarán el estudio y que tienen por objeto el establecer la relación con el resto de variables a las que tenemos acceso. Se trata de la edad, el género, la nacionalidad y el tipo de programa utilizado.

¿Cómo son los/as jóvenes sin hogar del SMA PSH?

Comenzaremos definiendo el grupo o categoría de **jóvenes sin hogar (JSH) en comparación con el resto de personas sin hogar (PSH)** atendidas en el 2017. En total se ha atendido a 1.726 personas, de las que 219 son jóvenes de entre 18 y 30 años, lo que hace que la población joven represente a un 12,7% de la población total. Si analizamos la distribución de la juventud sin hogar en los **distintos programas** hallamos los siguientes datos:

“ Se han atendido a 219 jóvenes de entre 18 y 30 años, que representan a un 12,7% de la población total de personas en situación de *sinhogarismo* ”

		JSH		PSH
ITI	Programa itinerantes	85%	85%	85,6%
AC	Atención en calle	2%	8%	10,2%
	Itinerantes y atención en calle	6%		
EMP	Empadronados	0%	7%	4,2
	Itinerantes, atención en calle y empadronados	1%		
	Itinerantes y empadronados	6%		
TOTAL		100%		100%

ITI: Programa de itinerantes / AC: Programa de atención en calle / EMP: Programa de empadronados.

Como resultado, el programa más utilizado por los/as JSH ha sido el de Itinerantes en un 85%, dato que coincide con el porcentaje del total de PSH que utiliza este programa, que es un 85,6%. Esta representación tan alta se ve explicada por las propias características del programa: 25 plazas de corta estancia que facilitan el acceso a muchas personas por breves periodos de tiempo. Por su parte, el programa de atención en calle representa a un 8% de los/as JSH, algo menos que el 10,2% del total de PSH. Por último, en el programa de empadronados ocurre a la inversa, hay un mayor porcentaje del colectivo de JSH (7%) que del total de la población (4,2%).

Y aunque los/as jóvenes del programa de empadronados y atención en calle tan sólo suponen el 15% del colectivo, sin embargo, más de la mitad de los recursos del albergue están destinados a ellos/as (recordemos que el programa de empadronados cuenta con 25 plazas con una duración no superior a los seis meses), lo que se constata al analizar los **tiempos de estancia en cada uno de los pro-**

gramas. En este sentido, la media de días de estancia de los JSH en el programa de itinerantes es de 4,64 días, le sigue atención en calle (contando únicamente los que además de calle han entrado al albergue como itinerantes) donde la media aumenta hasta los 13,31 días, y por último, el programa de empadronados que cuenta con una estancia media de 160,17 días. Estos datos hacen que la investigación se centre en mayor medida en los/as jóvenes del programa empadronados, que, pese a representar a un menor porcentaje de personas, nos ofrecen una información más exhaustiva que aquellos/as jóvenes que están en otros programas.

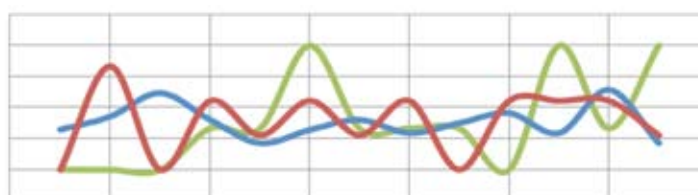
Otra de las variables que hemos analizado ha sido el **acceso al albergue por Ola de frío**, que, en términos generales, no ha sido utilizado por un 79% de los/as jóvenes. Aquí podemos observar una cuestión que, entendemos, puede estar vinculada al ciclo vital de las personas. En términos generales, los jóvenes tienen más ‘herramientas’ físicas para luchar contra el frío que las personas más adultas,

sobre todo si vamos ascendiendo en la escala de edad. Este acceso cambia si tenemos en cuenta los distintos programas, siendo los programas de itinerantes y empadronados los que menos lo han utilizado. Mientras que en atención en calle los porcentajes se invierten y más de la mitad de los/as jóvenes del programa han entrado al albergue por Ola de frío. Para calle, este programa supone un apoyo y un enlace o contacto con el albergue. Consideramos que es lógico que las personas jóvenes que más utilizan este servicio sean las que se encuentran en situación de calle, ya que son las personas que experimentan con más crudeza los cambios térmicos.

“ El programa de Ola de frío no ha sido utilizado por un 79% de los/as jóvenes ”

Una vez analizada la distribución del colectivo por programas pasamos a estudiar **la variable edad**. Como hipótesis inicial nos planteamos que es posible encontrar diferencias significativas entre la juventud sin hogar si categorizamos la edad en dos rangos; de 18 a 23 años y de 24 a 30 años. Esta ‘intuición’ a nivel de hipótesis parte del conocimiento de los siguientes datos de partida:

	ITI	AC	EMP
18 y 23 años	46%	56%	33%
24 y 30 años	54%	44%	67%
TOTAL	100%	100%	100%



■ Empadronados ■ Atención en calle ■ Itinerantes

En la gráfica de distribución observamos que es en atención en calle donde hay mayor porcentaje de jóvenes con edades comprendidas entre los 18 y los 19 años. Destaca su pico en edades más bajas seguido de una oscilación porcentual en la franja de los 20 a los 26 años, para finalmente mantener cierta constancia en las edades de los 27 a los 30 años. Si atención en calle destaca por aglutinar a las personas más jóvenes, en el programa de empadronados llama la atención la ausencia de este intervalo de edad, ya que su mayor concentración porcentual se encuentra entre los 28 y 30 años con un 47%. Por último, en el caso de itinerantes lo que encontramos son dos bloques situados en los dos extremos de la franja de edad, uno en las edades más jóvenes (18-21 años con un 35%) y otro en los más mayores (27-30 años con un 32%).

Entrando al análisis del **género**, a lo largo de los últimos años las mujeres han supuesto una representación en torno al 11%. Pero **la**

juvenilización ha traído consigo un cambio en esta distribución de hombres y mujeres con un aumento del porcentaje de mujeres entre la juventud sin hogar. Estudios como el de Matamala (2016) ya apuntan en esta dirección, donde la proporción de mujeres es relativamente mayor entre la juventud sin hogar que en el resto de población sin hogar. En nuestro estudio se constata la misma tendencia donde las mujeres jóvenes suponen un 17%. Por programas, es en atención en calle donde la situación de las mujeres se agudiza con una mayor presencia porcentual alcanzando un 22,2%. Por el contrario, es en empadronados donde las mujeres tienen una menor presencia representando a un 6,67%. **La juvenilización ha traído consigo no solo un aumento de la presencia de mujeres entre la población sin hogar, sino también, un agravamiento de la situación de exclusión en la que se encuentran dado el alto porcentaje en calle.** Es interesante señalar también que encontramos una lógica de continuidad entre

institucionalización y, en este caso, el hecho de ser mujer. Si ser muy joven significaba un grado menor de institucionalización, siendo mujer joven también podemos establecer la misma lógica. Esto implica que dentro del intervalo de las personas más jóvenes deberíamos prestar atención a las mujeres, ya que estarían doblemente afectadas por la ausencia de institucionalización.

Si cruzamos las variables género y edad, hallamos que un 65% de las mujeres tiene entre 18 y 23 años. Y si antes nos llamaba la atención el hecho de que en el programa de calle destacara la franja de edad más joven, cuando le añadimos la variable género constatamos que un 30% son mujeres. Esto es algo que refuerza la argumentación del párrafo anterior. La distribución de edad y género es la siguiente:

% Horizontales	TOTAL	18-23 años	24-30 años
TOTAL	219	46%	54%
Hombre	182	42%	58%
Mujer	37	65%	35%

Para finalizar esta primera aproximación al colectivo entramos a analizar la **nacionalidad** de los/as JSH. Los datos muestran una importante presencia de personas extranjeras en un 63% de los casos. El porcentaje aumenta a un 72% en el caso de atención en calle y desciende a un 27% en el caso de empadronados. En cuanto al **país de origen**, como resultados más significativos un 31% tiene origen español, un 28% es norteafricano, principalmente de Marruecos (19%) y Argelia (7%), y un 17% es originario de Europa del este, concretamente de Rumanía (14%).

El conjunto de los datos presentados hasta el momento junto a las entrevistas de supervisión con el equipo técnico del albergue nos arroja unas primeras conclusiones. A lo largo del estudio se evidencian diferencias y coincidencias entre los/as jóvenes que nos hacen pensar que, pese a hablar de un colectivo delimitado por la edad a los 18-30 años, muestran algunas diferencias significativas que nos permiten establecer perfiles diferenciados

dentro del colectivo. De manera que, entendemos que **dentro de los/as jóvenes sin hogar podemos encontrar dos perfiles diferentes** si atendemos a la nacionalidad y el tipo de programa utilizado por los/as jóvenes.

El primero de ellos es el de aquellos/as jóvenes donde el movimiento y el tránsito marcan la propia situación del sinhogarismo en la que se encuentran. Asociado a este perfil observamos mayoritariamente a jóvenes de nacionalidad extranjera, con distintos procesos migratorios y movimientos de un lugar a otro. Este perfil lo vamos a denominar como jóvenes sin hogar derivados de un proceso migratorio y que todavía no han conseguido un grado de integración efectiva en el lugar de origen.

El segundo de los perfiles es el que da con mayor frecuencia en jóvenes en los que la situación de sinhogarismo presenta un desarraigo o ruptura personal y social (sucesos vitales estresantes) a distintos niveles. Estos/as jóvenes están presentes en los tres programas del albergue, tienen presencia en las dos franjas de edad, en ambos géneros y nacionalidades.

La diferenciación de perfiles que presentamos no pretende establecer una reducción simplificada entre jóvenes sin hogar de origen inmigrante y jóvenes sin hogar de origen autóctono. La clave de cada uno de los perfiles no radica en el origen, sino en las características de uno y otro colectivo y en su relación con los diferentes recursos existentes para PSH. El primer perfil presenta un vínculo más difuso con este tipo de recursos como consecuencia de que el proceso que experimentan es más complejo, esto es, aglutina más factores que el ya de por sí complejo proceso de sinhogarismo. En el segundo caso, asistimos a un perfil más 'puro' de sinhogarismo, ya que, aunque porta otras mochilas, no lleva la vinculada a los procesos migratorios y a los problemas e inestabilidades asociados a los mismos.

A continuación, realizamos un análisis por separado de cada uno de los perfiles.

Perfil 1. Jóvenes sin hogar derivados de un proceso migratorio y que todavía no han conseguido un grado de integración efectiva en el lugar de origen

Cuando hablamos de este grupo de *jóvenes sin hogar* nos estamos refiriendo a personas de entre 18 y 30 años en situación severa de exclusión social que no tienen arraigo y que no cuentan con una red de apoyo. En términos de origen, son personas con nacionalidad extranjera que han hecho uso del programa de itinerantes. Como resultado un 55,7% responde a este perfil.

El 62% tiene entre 24 y 30 años, con una media de 24,6 años. Principalmente se trata de hombres, en un 86% de los casos, siendo las mujeres representadas por un 14%, en un porcentaje menor al de las mujeres JSH en general que es un 17%. Los países de origen que más casos aglutinan son Marruecos, Rumanía y Argelia.

El tiempo de estancia en el albergue ha supuesto una media de 4,82 días, siendo el motivo principal de la salida el fin de estancia en un 63% de los casos. Solamente en el 3% se produce la salida como consecuencia de expulsión. Como vemos, el origen nos ofrece una fotografía del fenómeno que trabajamos en el programa de personas itinerantes: su carácter extranjero, masculino y que se sitúa en el segundo intervalo de edad. Los dos primeros rasgos suelen ir unidos.

Hemos analizado también si estos/as jóvenes es la primera vez que acuden al albergue y si han repetido estancia a lo largo del siguiente año. Con ello queremos ver si son procesos de exclusión en los que hay repetición, entendiendo que cuando se repite la estancia, en cierto modo los procesos de exclusión están más cronificados y presentan una mayor duración. Los datos muestran que un 76% accede por primera vez al albergue y que un 80% no repite estancia a lo largo del 2018. De manera que, un buen número de jóvenes es la primera vez acceden al albergue y que en el transcurso de un año no vuelven. Sería interesante conocer si estas personas regresan con posterioridad, y de ser así, sería interesante

conocer los ciclos temporales en los que se mueven.

Es importante señalar que de un 37% no vamos a disponer de ningún tipo de información más allá de la información básica ya analizada. Sin duda, este hecho condiciona la precisión de la labor que estamos realizando. Nos encontramos así ante una población en gran parte desconocida e invisibilizada, población que como apuntamos en el primer observatorio son la cara visible –aunque muchas veces invisibilizada- de la exclusión social severa en las sociedades de comienzos del siglo XXI. No es de extrañar así que cerca de un 40% de estas personas pase por el albergue sin apenas dejar datos registrados sobre su situación. Esta situación hace que la mayor parte de las respuestas obtenidas se sitúen en el “no se sabe/no contesta”. Pese a ello, vamos a tratar de exponer algunos rasgos generales que se desprenden de la información disponible.

En primer lugar, nos interesa conocer el tiempo que estas personas llevan en situación de sinhogarismo. Como respuestas significativas encontramos a aquellos/as que dicen llevar en esta situación menos de seis meses y en menor medida, los/as que dicen llevar entre tres y seis años. Un cálculo más exacto de 36 casos válidos da una media de cinco meses. Es importante que nos detengamos brevemente en esta cuestión. Podríamos pensar que esta afirmación tira por la borda el planteamiento en términos de fases e institucionalización que venimos defendiendo. Ante esta situación nos gustaría señalar dos cuestiones: en primer lugar, la necesidad de articular instrumentos objetivos de medición que permitan evaluar el tiempo en situación de sinhogarismo, ya que esta es una variable que suele ser convertida en datos a través de la percepción subjetiva de la PSH.

En relación a esta cuestión está también poder adquirir conciencia del lugar de donde proceden estas personas. Tal y como nos comentan los profesionales del SMA PSH, en general están durante un tiempo alternando distintas situaciones, viviendas compartidas, calle, itinerancias, recursos, albergues, etc.

Algo que es propio de los procesos migratorios y del tiempo que las personas necesitan mientras buscan opciones para poder asentarse. Son movimientos ante la búsqueda de un futuro.

Conocer la situación previa que estas personas tenían a su llegada al albergue nos ayuda a entender cuáles son las situaciones o causas principales que motivan la entrada al albergue. Como resultado, una parte del colectivo procede de la calle o de itinerancia, y otra parte más numerosa llega de pisos compartidos en los que se produce la salida o expulsión de la persona que acude al albergue como consecuencia de un fuerte conflicto. Pero aún son más los casos en los que, como consecuencia del proceso migratorio, se origina que muchas veces se alternen distintas situaciones de vivienda, con albergues y calle.

La siguiente cuestión a analizar es la salud, que, a rasgos generales presenta un estado de salud bueno. En relación a la salud nos parece interesante también conocer el estado de higiene, entendiéndola como una forma de cuidado sobre uno mismo. En general, el nivel de higiene tiende a ser bueno o adecuado. En cuanto a la salud mental, encontramos que, de entrada, no es un grupo que llegue al albergue con un diagnóstico ni con graves problemáticas de salud mental. Lo que no significa que no muestren durante su estancia algunos síntomas que indican problemas de esta índole. Generalmente los tipos de trastornos detectados son de tipo psicótico, de trastorno de ánimo, de ansiedad y otros tipos no identificados claramente. La situación es similar en cuanto a los consumos. De entrada muchos de estos/as jóvenes indican que no son consumidores/as de ningún tipo de sustancia lo que no significa que durante su estancia no se evidencien consumos, siendo los más comunes los de drogas blandas como cannabis y marihuana y en menor medida otro tipo de drogas.

Se trata de jóvenes que no cuentan con una red de apoyo que les pueda dar cobertura y soporte. A nivel de familia presentan una caústica variada que engloba distintos tipos de situaciones. A nivel de red de amistad, destaca

“ El 76% de estos jóvenes accede por primera vez al albergue y un 80% no repite estancia a lo largo del 2018 ”

significativamente los/as que mantienen una amistad con personas que se encuentran en la misma situación y los/as que manifiestan mantener una relación periódica de amistad.

En el plano laboral, la mayoría no dispone de trabajo y son muchos/as los/as que dicen estar en búsqueda de empleo. Como consecuencia un porcentaje significativo no dispone de ningún tipo de ingresos. En cuanto al uso de recursos de la red más utilizados destacan de forma mayoritaria la Cruz Roja y Cáritas.

Para finalizar y mirando a futuro, si tratamos de entender cómo ven estos/as jóvenes su futuro, la mayoría son personas que se plantean como objetivo principal el encontrar vivienda y trabajo, en menor medida están los/as que manifiestan su deseo de quedarse en Pamplona, los/as que desean formalizar su documentación y por último, los/as que manifiestan querer regresar a su casa o lugar de origen.

Perfil 2. Jóvenes sin hogar con desarraigo perfil 'puro', exclusivo, de sinhogarismo

Cuando hablamos de este grupo de *jóvenes sin hogar* nos estamos refiriendo a personas de entre 18 y 30 años en situación severa de exclusión social con un perfil marcado por el desarraigo personal y social, que han accedido al albergue a uno, dos o a los tres programas disponibles. Como resultado, un 43,4% de los casos responde a este perfil.

Muchos de estos/as jóvenes han entrado al albergue en varios programas, de hecho, todas las personas de empadronados previamente han estado en itinerantes y/o atención en calle, y las personas atención en calle es habitual que hayan accedido al albergue como

itinerantes. También contamos con un gran número de jóvenes que únicamente han estado en itinerantes. Una variedad que muestra una situación de exclusión que se vive y acentúa de distinta forma por los/as jóvenes de este perfil.

En cuanto al tiempo de estancia en los programas, las personas de empadronados que no han estado en atención en calle han estado una media de 160 días, mientras que las que sí han estado en atención en calle tienen una estancia media de 32 días. Este descenso nos hace preguntarnos si el hecho de haber estado en situación de calle hace que los procesos de integración se tornen más difíciles. De hecho, si analizamos la salida de los casos de atención en calle que han entrado al albergue a través del programa de itinerantes, encontramos que un 69% tiene como motivo de salida la expulsión o la salida voluntaria.

En general los motivos de salida de este perfil son variados, siendo el fin de estancia el más representativo.

Gráfico. Motivos de salida



En general en este perfil la edad es más joven si las comparamos con el perfil anterior de *jóvenes sin hogar*. Pero lo más llamativo es analizar los datos en dos bloques, uno el de los/as jóvenes que han pasado por itinerantes y otro, el de empadronados y atención en calle. En este último caso encontramos una media de edad de 25 años y es más mayoritario el tramo de los 24 a los 30 años. Mientras que los del programa de itinerantes son jóvenes que presentan los porcentajes más altos en el tramo de los 18 a los 23 años con un 63% y con una media de edad de 22,5 años.

La distribución del género nos muestra un porcentaje de mujeres del 21%, mayor que el

representado en el total de los/as JSH. El desglose por programas es el siguiente:



En los datos destaca el alto porcentaje de mujeres del programa itinerantes y la escasa presencia en el programa de empadronados. Si cruzamos el género con la edad, obtenemos que un 75% de las mujeres de este perfil tienen entre 18 y 23 años.

La nacionalidad del 82% de estos/as jóvenes es la española. Por programas, en atención en calle destaca la notable mayoría de personas de nacionalidad extranjera, mientras que en empadronados ocurre justamente a la inversa, como puede resultar lógico. Las personas son originarias de 15 países diferentes, siendo España el más representado con un 71%, seguido de Rumanía con un 10%. Si analizamos las provincias de procedencia de las personas de nacionalidad española, se ha atendido a personas de 20 provincias diferentes, siendo las dos con mayor representación Navarra (con un 37%) y Guipúzcoa (con un 10%).

“ Si cruzamos el género con la edad, obtenemos que un 75% de las mujeres de este perfil tienen entre 18 y 23 años ”

Entrando al análisis de otro tipo de cuestiones más subjetivas, nuevamente el no sabe/no contesta va a ser mayoritario entre algunas de las respuestas obtenidas. Por esta razón vamos a tratar los datos diferenciando por programas, ya que las fuentes y la información disponible es diferente. En primer lugar, analizamos el tiempo en situación de sinhogarismo, que en sólo itinerantes destacan los/as que indican llevar menos de seis meses. Por su parte, en el programa de atención en calle la mitad de los/as jóvenes lleva en esta situación entre uno y tres años, dando una media de 20 meses. Y por último, en el programa de empadronados la media aumenta hasta los 54 meses y las respuestas se reparten entre menos de seis meses, entre tres y seis años y entre nueve y doce años.

A continuación, presentamos los datos recogidos en relación al salud, situación laboral, nivel educativo, ingresos y red social de apoyo en base a los programas de empadronados y atención en calle. El estado de salud que presentan en términos generales oscila entre regular y bueno, siendo las enfermedades más comunes las de tipo respiratorio, problemas de ansiedad y enfermedades crónicas. La higiene personal tiende a estar entre buena-adeuada y con problemas leves-moderados. En el plano de la salud mental destacan los/as jóvenes que presentan estructura *borderline*, seguidos en menor medida por aquellos/as con problemas de estructura psicótica, trastornos de ánimo y/o depresión. Se cuenta también con jóvenes con discapacidad intelectual. En cuanto a los consumos y adicciones los más frecuentes son los de drogas blandas como cannabis y marihuana, seguidos de consumos de alcohol, cocaína y adicción a medicamentos.

Son jóvenes que abandonan tempranamente los estudios, siendo mayoritarios los que cuentan con estudios de secundaria o de primaria terminados. Son muy pocos los/as que realizan el bachillerato, la formación profesional o los/as que no cuentan con ningún tipo de estudios. Son jóvenes que no tienen trabajo y son pocos los que están en búsqueda de empleo o en cursos formativo-laborales.

A nivel de ingresos destaca el hecho de que cerca de la mitad son receptoras de la Renta Garantizada. En cuanto a la capacidad para buscar y pedir ayuda entre los recursos existentes el recurso más utilizado es Cáritas, seguido de las Unidades de barrio, los Servicios sociales de base y la Cruz Roja.

En cuanto al tipo de red de apoyo del que disponen, a nivel de familia cerca de la mitad o no tienen familia o si la tienen, mantiene muy poca o ninguna relación con ella. Este dato nos da idea de que cerca de la mitad de estas personas no puede contar con sus familiares como personas de apoyo. En la relación de amistad observamos una variedad de situaciones entre las que destacan los/as que dicen no tener amigos/as o tener muy poca relación y los/as que dicen mantener una relación periódica de amistad. Presentamos de forma gráfica esta variable.

Gráfico. Relación de amistad



Se trata de jóvenes que han sufrido a lo largo de su vida sucesos vitales estresantes, con origen en la infancia en muchos casos. El listado de los sucesos vitales por los que han pasado los/as jóvenes analizados es el siguiente:

- Muerte de algún miembro de la familia.
- Violencia desde la familia hacia el/la menor.
- Violencia desde el/la menor hacia la familia.
- Alcoholismo o drogadicción en la familia.
- Negligencias en el cuidado.
- Problemas económicos graves en la familia.
- No haber vivido con la familia de origen.
- Haber dejado la familia en el país de origen.
- Enfermedad/incapacidad de algún miembro de la familia.

- Cambios frecuentes en el lugar de residencia.
- Ha estado en pisos tutelados.
- Haber sido adoptado/a.
- Abandono por parte de alguno de los progenitores.
- Madre y/o padre en sinhogarismo.

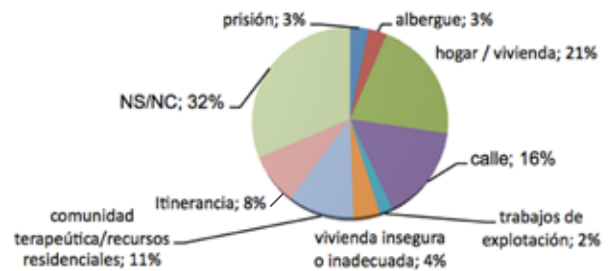
En la mayoría de los casos encontramos una combinación de sucesos, siendo los más recurrentes; cambios frecuentes de lugar de residencia, el haber estado en pisos tutelados, el alcoholismo o drogadicción en la familia y el no haber vivido con la familia de origen. Como señala Romero et al., (2002) los/as jóvenes que han padecido adversidades durante la infancia como una institucionalización prolongada, abusos sexuales o fracaso escolar, tienen más probabilidades de convertirse en joven sin hogar.

El 73% de los jóvenes de este perfil es la primera vez que entran al albergue, siendo este dato más bajo en empadronados y atención en calle donde es más frecuente el encontrarnos con jóvenes que han estado con anterioridad. En cuanto a si han repetido estancia, un 78,9% no repite estancia a lo largo del 2018.

Con respecto al lugar de procedencia a la llegada al albergue, los casos más numerosos

son los que llegan de alojamientos en pisos compartidos con familiares o parejas y que salen o son expulsados consecuencia de un fuerte conflicto. Le sigue los que llegan de la calle y los que llegan de comunidades terapéuticas o de algún tipo de recurso residencial. Presentamos gráficamente la distribución de estos datos:

Gráfico: procedencia a la llegada al albergue



Mirando a futuro, son jóvenes que tienen como objetivo principal el encontrar vivienda y trabajo, aunque no tengan una idea clara de cómo llegar a conseguirlo, y no sean realistas en cuanto a su situación. También encontramos casos en los que el objetivo es de tipo formativo, y otros, -en menor medida- donde la idea de subsistir y de que les ayuden son los objetivos que marcan su futuro.



BIBLIOGRAFÍA

BARDINE, D. (2016): "Preventing Youth Homelessness: Perspectives on Policy and Practice", en FEANTSA, *Homeless in Europe. Changing Faces: Homelessness Among Children, Families and Young People*, Bruselas, FEANTSA, pp. 27-29.

BARKER, J.D. (2013): "Negative cultural capital and homeless young people", *Journal of Youth Studies*, Vol. 16, No 3, pp. 358-374.

BARKER, J.D. (2013). «Negative cultural capital and homeless young people». *Journal of Youth Studies*, Vol. 16, No 3, pp. 358-374.

BUCHER, C.E. (2008). Toward a Needs-Based Typology of Homeless Youth. *Journal of Adolescent Health*. N. 42, pp. 549-554.

BURT, M. R. (2007). *Understanding homeless youth, characteristics, multisystem involvement, and intervention options. Testimony Before the U.S. House Committee on Ways and Means Subcommittee on Income Security and Family Support*. Washington, DC: The Urban Institute.

CABRERA, P.; RUBIO, M.J. (2008). Las personas sin hogar, hoy. *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*. 75, pp. 51-74. <http://noticiaspsh.org/IMG/pdf/est03.pdf>

CALDER, A. (2016): "Preventing and Ending Youth Homelessness in Scotland", en FEANTSA, *Homeless in Europe. Changing Faces: Homelessness Among Children, Families and Young People*, Bruselas, FEANTSA, pp. 11-12.

CAUCE, A. M., MORGAN, C. J., WAGNER, V., MOORE, E., SY, J., WURZBACHER, K., et al. (1994): "Effectiveness of intensive case management for homeless adolescents: Results of a 3-month follow-up" *Journal of Emotional and Behavioral Disorders*. 2, 219-227.

CRAIG TK, HODSON S. (1998). Homeless youth in London: I. Childhood antecedents and psychiatric disorders. *Psychol Med*. 28 (6). 1379-88.

CULL, M., PLATZER, H., BALLOCH, S. (2006): *Out on my Own: Understanding the Experiences and Needs of Homeless Lesbian, Gay, Bisexual and Transgender Youth*, Brighton, University of Brighton.

DAVIS, P. (2010): "On the Streets: Young LGBT People and Homelessness" en FEANTSA, *Homeless in Europe. Changing Faces: Homelessness Among Children, Families and Young People*, Bruselas, FEANTSA, pp, 24-26.

De CASTELL, S., JENSON, J. (2002): *No Place like Home: Final Research Report on the Pridehouse Project*, Human Resources Development Canada and The PrideCare Society.

DWORSKY, A., (2010): *Assessing the Impact of Extending Care beyond Age 18 on Homelessness: Emerging Findings from the Midwest Study*. Chapin Hall.

FITZPATRICK, S. (2000): *Young Homeless People*, London, Palgrave Macmillan.

GAETZ, S., O'GRADY, B., (2002): "Making Money. Exploring the Economy of Young Homeless Workers", *Work, Employment and Society*, 16 (3), pp. 433-456.

GAETZ, S., O'GRADY, B., VAILLANCOURT, B. (1999): *Making Money. The Shout Clinic Report on Homeless Youth and Employment*, Toronto, Central Toronto Community Centres.

HOOKS WAYMAN, R. (2009). *Incidence and Vulnerability of LGBTQ Homeless Youth*. National Alliance to End Homelessness. Washington, D.C.

JANUS, M. D., BURGUESS, A. W., MCCORMACK, A. (1987): "Histories of Sexual Abuse in Adolescent Male Runaways", *Adolescence*, summer, 22 (86), pp. 405-417.

JANUS, M.D., ARCHAMBAULT, F. X., BORWN, S.W., WELSH, L. A. (1995): "Physical Abuse in Canadian Run-away Adolescents", *Child Abuse and Neglect*, 19 (4), pp. 433-447.

JONES, S. (2016): Can We Really Prevent Young People From Becoming Homeless In Europe? en FEANTSA, *Homeless in Europe: Preventing Young Homelessness: Case Studies from across Europe and North America*, pp. 2-3.

KUFELDT, K., NIMMO, M. (1987): "Youth on Street: Abuse and Neglect in the Eighties", *Child and Abuse Neglect*, 11 (4), pp. 531-543.

LEY Nº 18733, 19/2009, de 23 de noviembre, de Medidas de Fomento y Agilización Procesal del Alquiler y de la Eficiencia Energética de los Edificios.

MATAMALA ZAMARRO, E. (2016). La juventud sin hogar en valencia (2008-2014). *Arxius de Ciències Socials*, N. 34, pp 185.

MAYOCK, P. O'SULLIVAN, E., CORR, M. L. (2010): "Young People's Pathways Through Homelessness" en FEANTSA, *Homeless in Europe. Changing Faces: Homelessness Among Children, Families and Young People*, Bruselas, FEANTSA. Pp. 4-6.

MCCASKILL, P. A., TORO, P. A., & WOLFE, S. M. (1998): "Homeless and matched housed adolescents: A comparative study of psychopathology" *Journal of Clinical Child Psychology*, 27, 306-319.

MORENO MÁRQUEZ, G. (2013). El impacto de la crisis en las personas sin hogar: rupturas y continuidades en un contexto de cambio. El caso de Bizkaia. *Cuadernos De Trabajo Social*. 26(2), pp. 479-488. https://doi.org/10.5209/rev_CUTS.2013.v26.n2.40128

OWEN, G. & DECKER GERRARD, M. (2006): *Overview of youth and young adult homelessness in Minnesota: Facts and analysis of data from the 2006 statewide study*, Wilder Research Center, Saint Paul, MN.

RAISING THE ROOF (2009): Informe sobre *Youth Homeless in Canada. The Road to Solutions*, Toronto.

RANDALL, G., BROWN, S. (2001): *Trouble at Home: Family Conflict, Young People and Homelessness*, Crisis.

RINGWALT, C. L., GREENE, J. M., ROBERTSON, M., & MCPHEETERS, M. (1998): "The prevalence of homelessness among adolescents in the United States" *American Journal of Public Health*, 88, 1325-1329.

ROBERTSON, M., TORO, P. (1998): "Homeless Youth: Research, Intervention, and Policy", The 1998 National Symposium on Homeless Research, U.S.

RODRÍGUEZ, S.I., ROCA, P., PANADERO, S., VÁZQUEZ, J.J. (2016). Sucesos vitales estresantes en mujeres en situación sin hogar. Mujeres e investigación. Aportaciones interdisciplinarias: VI Congreso Universitario Internacional Investigación y Género. Sevilla. SIEMUS (Seminario Interdisciplinar de Estudios de las Mujeres de la Universidad de Sevilla).

ROMERO, M; RAMOS, M; MARCH, JC (2002). Perfil de los jóvenes transeúntes, dificultades para la utilización de los servicios sociosanitarios y propuestas de mejora. Norte de salud mental. N. 14. pp. 21-30.

Romero, M., Ramos, M., March, JC. (2002). Perfil de los jóvenes sin hogar, dificultades para la utilización de los servicios sociosanitarios y propuestas de mejora. *Enfermedades emergentes*, 4 (1), pp. 14-23.

ROTHERAM-BORUS, M.J., MAHLER, K. A., KOOPMAN, C., LANGABEER, K. (1996): "Sexual Abuse History and Associated Multiple Risk Behaviour in Adolescent Runaways", *American Journal of Orthopsychiatry*, 66 (3), pp. 390-400.

RYAN, K. D., KILMER, R. P., & CAUCE, A. M., WATANABE, H., HOYT, D. R. (2000): "Psychological consequences of child maltreatment in homeless adolescents: Untangling the unique effects of maltreatment and family environment", *Child Abuse & Neglect*, 24(3), pp. 333-352

SAEWYCK, E.M., SKAY, C.L., PETTINGELL, S.L., REIS, E. A., BEARINGER, L., RESNICK, M., MURPHY, A., COMBS, L. (2006): "Hazards of Stigma; the Sexual and Physical Abuse of Gay, Lesbian, and Bisexual Adolescents in the United States and Canada, *Child Welfare*, 85 (2).

SAFE IN THE CITY(1999): *Taking Risks. An Analysis of the Risks of Homelessness for Young People in London*, London.

SÁNCHEZ MORALES, H. (2019). Los jóvenes "sin hogar" en España. Sistema: Revista de ciencias sociales, N. 253, pp. 3-18.

SERGE, L., EBERLE, M., GOLDBERG, M. SULLIVAN, S., DUDDING, P. (2002): "Pilot Study: The Child Welfare System and Homelessness among Canadian Youth", National Homelessness Initiative.

SMITH, J. (2004): *Which Youth Became Homeless in the UK? Changes and Persistences in the Biographical and Social Risks among 16-25 Years Olds*, University of Cambridge, Cambridge.

SMITH, J. et al. (1998): *The Family Background of Homeless Young People*, Family Studies Centre.

SOCIAL EXCLUSION UNIT (1998): *Rough Sleeping*, London.

SOCIAL EXCLUSION UNIT (2002): *Young Runaways*, London.

TAYLOR, P., PARKER, K., KOCHHAR, R., FRY, R., FUNK, C., PATTEN, E., & MOTEL, S. (2012): *Young, under-employed and optimistic: Coming of age, slowly, in a tough economy*. Washington DC: Pew Research Center.

THOMPSON, S., BENDER, K., WINDS, L., COOK, M., WILLIAMS, T. (2010). Homeless Youth: Characteristics, Contributing Factors, and Service Options. *Journal of Human Behavior in the Social Environment*. N. 20.2.

TYLER, K. A., HOYT, D. R., WHITBECK, L. B., CAUCE, A. M. (2001): "The impact of childhood sexual abuse on later sexual victimization among runaway youth", *Journal of Research on Adolescence*, 11, pp. 151-176.

WHITBECK, L., HOYT, D.R. (1999): *Nowhere to Grow: Homeless and Runaway Adolescents and Their Families*, Berlín, De Gruyter.

WHITBECK, L., SIMONS, R. (1993): "A Comparison of Adaptative Strategies and Patterns of Victimization Among Homeless, Adolescents and Adults", *Violence and Victims*, 8 (2), pp. 135-152.

Ley Nº 18733, 19/2009, de 23 de noviembre, de medidas de fomento y agilización procesal del alquiler y de la eficiencia energética de los edificios.



Ayuntamiento de
Pamplona | Iruñeko
Udala



FUNDACIÓN
Xilema